

**La Geografía Física y Esférica del Paraguay
y Misiones Guaraníes**

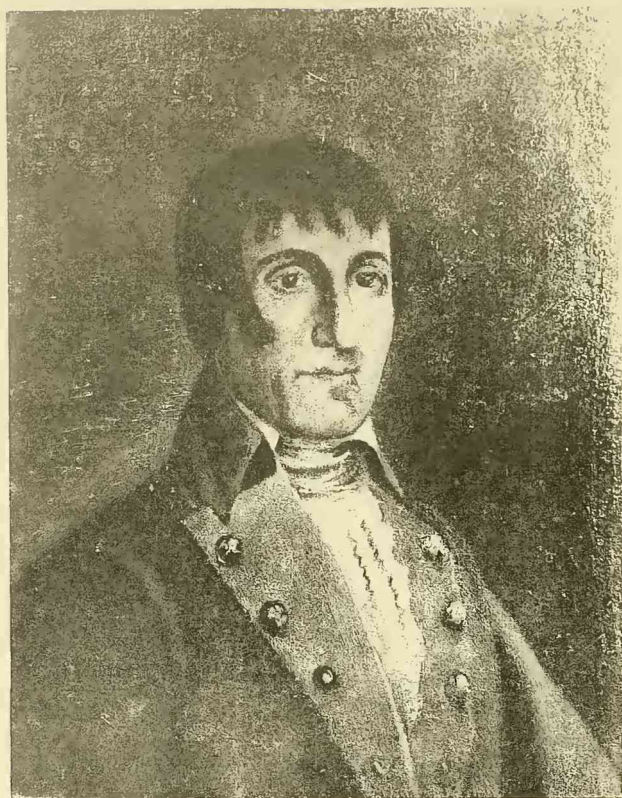
POR

DON FÉLIX DE AZARA

EXAMEN CRÍTICO DE SU EDICIÓN

POR

LUIS MARIA TORRES



Don Félix de Azara

en 1797

La Geografía Física y Esférica del Paraguay y Misiones Guaraníes

POR

DON FÉLIX DE AZARA

EXAMEN CRÍTICO DE SU EDICIÓN

POR

LUIS MARÍA TORRES

I

Motivo de íntima satisfacción será para los investigadores del pasado americano, todo esfuerzo que tienda á profundizar el conocimiento, de los diferentes hechos ó cuestiones que, como principios fijos, perfectamente caracterizados, constituyen á la novísima y sugestiva ciencia americanista, y, con mayor razón en este caso, por tratarse de un justiciero homenaje á la labor seria de don Félix de Azara; el distinguido geógrafo español, cuyos rasgos más salientes lo constituyen, su constante, activa y provechosa actuación en el secular pleito de límites entre España y Portugal; viajes y estudios que el fracaso de la demarcación le permitió hacer, con indiscutible beneficio para la dilatada comarca que comprende buena parte de los dominios de tres nacionalidades. Por ello, el Uruguay, el Paraguay y la Argentina, le guardan gratitud.

Bien venida sea la emulación en el trabajo intelectual, esa aspiración franca y fecunda del núcleo conservador y tolerante del pueblo uruguayo, el que con tantas iniciativas ha exteriorizado el verdadero anhelo patriótico, incorporando á la obra de la civilización equivalentes testimonios de progreso, pero por desgracia interrumpidos en su actividad creciente, por la indecisión y la zozobra, que las asiduas y ya harto célebres rencillas caseras han dejado tras sí.

No continuaremos con estas consideraciones, sin dejar constancia de nuestra decidida adhesión, á la crítica sana y sincera de algunas producciones prematuras; de esos ensayos de estrechos y poco nuevas filosofías que inevitablemente tienen que

caer en el desprestigio, ó que se salvan, por la piadosa indiferencia del público lector, desde que, en la mayoría de los casos, suelen ser, sino una repetición grosera, la hábil falsificación de forma, con dos ó tres observaciones personales que acreditan el aporte personal del autor, para dar pie á la conjetura que les asigna valor original.

No por eso, dejaremos de ofrecer aquí, una, como recapitulación, de lo ya expresado por distinguidos escritores nacionales, que, con distinto propósito ó asunto especial, han tenido la ocasión de estudiar varios aspectos de las sociedades americanas en su accidentado desenvolvimiento histórico; desde el descubrimiento y conquista hasta la colonia, y la azarosa revolución de la independencia. Así también lo ha comprendido el erudito editor de la Geografía de Azara, quien, en distintas partes de su prólogo, resuelve dar crédito á ciertas observaciones y formula cargos que no pueden pasar desapercibidos, máxime, cuando, como en este caso, el que los dirige, no demuestra estar en condiciones de hacerlos por ignorar sencillamente los términos del problema.

Si, á estar á las afirmaciones generales, la adolescencia de las nacionalidades de Sud América no parece iniciarse aún con sujerentes pruebas de reposo mental y disciplina en la labor conjunta; si el desequilibrio y la anormalidad persisten en el orden de las fuerzas ó energías que obran en ambos sentidos, de la pérdida y de la integración de facultades vitales; si en el régimen de las instituciones políticas, el trastrueque ha sido evidente y el aparatoso armazón insostenible, habrá llegado el momento de que esas soluciones de los complicados problemas que el desenvolvimiento de estas sociedades plantean, se busquen, aplicando un criterio positivo, sin ese prurito de la identificación, desde que expresamente debe buscarse la diferenciación de condiciones y facultades. Es lógico suponer y será posible entonces, que la armonía será patrimonio de los pueblos de América, cuando el éxito se persiga por el recto é ineludible sendero de la labor asidua y constante, del sacrificio individual que, asociado y orientado fijamente, pueda alcanzar los grandes resultados del esfuerzo común, organizando paulatinamente los estados de acuerdo con la resultante de sus ideas directrices, fuente única de toda inspiración fecunda, y verdad, que las severas lecciones de la historia ha consagrado definitivamente.

Será cuestión de educación y de instrucción, de condiciones individuales negativas ó de verdadera regresión colectiva incu-

rable; de tener que iniciar como previa tarea, el perfeccionamiento de lo existente, ya que su adquisición implica, los sacrificios y angustias de varias generaciones; en fin, de comprender á que la estructura se consolide y, si es posible, á que los caracteres se perfilen, evitando ó conjurando la disolución que un hondo y doloroso sacudimiento podría traer.

No pueden errar, pues, los que piensan que hacen falta universidades, bibliotecas, museos; abiertos para todas las aficiones é inclinaciones del espíritu humano, que si bien rodeados de esa apariencia que les imprime la elevada cultura, serán siempre los mecanismos encargados de entregar á las generaciones el núcleo dirigente, el factor que hace perfilar á los pueblos que surgen y se mantienen, en la eterna lucha por la vida.

Bien conocida es la enfermedad americana y su etiología; políticos, médicos legistas, diplomáticos literatos y aficionados de profesión, han indicado con insistencia á esos hechos anormales como causas de futuras crisis, y obtenido, después de prolongada observación de los acontecimientos, leyes ó principios, alrededor de los cuales se desenvuelven, según ellos, las precarias vidas sociales americanas; ideas-fuerzas ó instintos generadores de funestos actos individuales ó colectivos; visibles estigmas físicos de raza, como la desgraciada constitución psíquica, que, sea como fuere, parece que su inferioridad ha llegado á ser proverbial; todo esto, hasta que algún otro sagaz y oportuno observador arranque el verdadero secreto, pretexto del más horrible infortunio literario. Luego de haber precisado, en lo posible los síntomas, y de dar la diagnosis consiguiente, la medicina no podía hacerse esperar, notándose en esa terapéutica, cierta tendencia logomaquia y anticientífica.

Con todo, á pesar de tanta inseguridad en las opciones, ya que no se precisa y no se entrevé el espíritu de la educación que cada uno de esos pueblos debe adoptar, ya que inevitablemente tendrá que dominar, la idea-fuerza económico política de la riqueza, la cultura científica como las industrias y el amplio desarrollo del comercio, constituirán, prudentemente relacionados, el sólido basamento sobre el que descansará la felicidad y el poderío de estas nacionalidades. Como corolario de esas diversas tendencias habrá que coadyuvar, para que las actividades se desenvuelvan según el proceso psico-fisiológico de cada individuo, facilitando los medios que cada naturaleza requiera y exigiendo la cooperación social necesaria para que cada energía pueda cumplir con el fin que la educación se propone; bastarse á sí mismo y servir al Estado.

Ese intuicionismo es altamente benéfico, cuando se ejercita en la persecución de la verdad científica, en la obsesión que concluirá por arrancar el secreto de la variedad de hechos de la naturaleza, de las causas ó fuerzas que obran en su origen, desarrollo y ponderación, y, por fin, en la concepción sintética ó hipótesis, que encierra el debate y los afanes de varias generaciones asociadas para una conquista moral ó científica. Debe animar ese esfuerzo abnegado el soplo constante que nunca languidece, por difícil que sea el rescate ó traidora la suerte que lo preceda; sólo así, quedará el espíritu libre de la preocupación dolorosa de los días perdidos, aunque de todo aquello, objeto del único ensueño de una vida — por lo general agena al cálculo aritmético — sólo quede como premio, una satisfacción relativa.

II

Debemos pasar á considerar, el interesante asunto que por su índole, importancia y ulteriores, ha llamado justamente la atención de los que, aquí en Buenos Aires como en Montevideo, tienen especial preferencia y hacen estudios de ciencia americana.

Una nueva descripción del Paraguay y de las Misiones Guaraníes, por don Félix de Azara, con un prólogo, biografía, notas y bibliografía — lo que se entiende por una edición crítica, — dirigida por una institución científica como el Museo Nacional de Montevideo y encargada á uno de sus miembros más caracterizados por su erudición en la materia, tenía que provocar curiosidad y justa sospecha del alto mérito de la obra en general, y hasta el mismo valor intrínseco de la nueva descripción geográfica tenía que ser descontado, á pesar de lo conocido y en diferentes formas publicado del mismo autor.

El señor doctor R. R. Schuller, honrado por la dirección de dicho instituto con el encargo, ha querido sorprender á los «aficionados» á los estudios de antropología prehistórica, con la publicación del manuscrito que, después de un examen y cotejo minucioso, resultó ser para ambos, director del Museo y jefe de la sección histórico-filosófica, un curioso y original documento compuesto de datos, «no comprendidos en las obras impresas de Azara».

A propósito de la pieza manuscrita que Schuller exluma por su celo editorial, nos ofrece, en un prólogo, notas y demás

aditamentos más ó menos del caso, toda una teoría etno-lin-güística con la que describe y clasifica á los distintos tipos étnicos que la conquista europea sorprendió en esta parte de América, la que, si no está mal concebida, es, á todas luces poco nueva, y cuyo mérito consiste únicamente en la parte de prueba que aportó, desde que varias de sus inducciones parecen exactas.

Indudablemente Schuller, influenciado, demuestra estar en la tortuosa línea que traza su concepto, por esa vegetación extraordinaria de la zona subtropical; la tranquilidad, el silencio de muerte que en el interior de aquellas arboledas habrá tenido la feliz ocasión de admirar, en contacto espiritual con el indígena, ese tipo americano que anheló conocer, en posesión, después de larga y pesada excursión por el bosque, de un hermoso manojó de fresquísimas flores y sutiles helechos, cómo no tejer y destejer los tallos para presentar el tono y la armonía en un conjunto delicado y vívido?... A cada nuevo esfuerzo, corresponde la duda, que con su fatal presencia deja el enigma en pie; la potencia mental se dirige al punto inicial y vuelve á recorrer cuidadoso la senda serpentina que le llevará á alimentar la esperanza en una feliz reconstrucción; por fin, sobre el basamento que sólo muchos obreros pueden construir sólidamente, álzase la figura no siempre definida de la verdad científica, hasta que una oportuna combinación de causas, puedan darle los contornos, de la verdad de la belleza estética.

Este prólogo, es el motivo principal del estudio y comentario presente, no tan detenido como independiente, reducido en lo posible á lo substancial, y ageno, á la vena incondicionalmente encomiástica que á fuerza de dar en el bombo, ha conseguido que á toda lucubración voluminosa ó escueta, se mire como producto sencillamente postizo.

Hay que reconocer sí, — como observación final — que el testimonio de la originalidad rara vez concurre á la demanda del público lector ó curioso, y del que realmente critica ilustrando la proposición planteada como verdadera ó que se ofrece demostrar, siendo doloroso tener que constatar, la ausencia casi completa entre tanta producción, de algún ejemplar que, en realidad, nos enseñe á leer, escribir é investigar.

Veamos pues, como ha sido comprendida y desempeñada la tarea de editor, después de dejar constancia del pensamiento que la inspira, tan sano y digno de encomio.

III

Puede decirse, que en 1790, terminaba la parte más atrevida y heroica de la investigación geográfica, que navegantes portugueses y españoles iniciaron en el primer tercio del siglo XV; viajes, que han sido referidos con más ó menos exactitud, por considerable número de escritores no siempre acordes en el modo de apreciar ciertos hechos fundamentales, que se conceptúan como precedentes ó motivos de aquellas dilatadas travesías, lo que, á ser nosotros equitativos, era lógico que esas divergencias surgiesen por la falta de memorias ó relaciones auténticas que cautelosamente reservaron los antiguos príncipes, y que, en manera alguna, pudieron estar á la vista del público investigador, como que yacían sepultadas en sus archivos ó gavetas particulares. Los mismos trasapelamientos á que la accidentada vida de aquellas monarquías daría ocasión, casuales en la mayoría de las veces, la misma dificultad de aumentar las copias, que hoy en cambio, las artes gráficas tanto facilitan, fueron en suma las verdaderas dificultades para que aquel fondo original y único de la historia marítima, no pudiera conocerse ó examinarse por sus cultivadores.

No es nuestro propósito hacer memoria detallada ni sucinta de aquellas expediciones por mares desconocidos, que tanto estimularon los reyes de España y Portugal, para alcanzar la anhelada hegemonía marítima y como consecuencia, la posesión y dominio de considerables extensiones territoriales, que un criterio prudente y previsor podría convertir en fuentes de grandes riquezas. Pero, como esa sucesión de viajes verificados en los siglos XII, XIII, XIV y XV, se llevaron á cabo cumpliendo instrucciones expresas, que en la mayoría de los casos, daban motivo á discordias de consecuencias fatales, y, como por otra parte, lo primordial era establecer una base de solución, el criterio regulador para la división de dominios, se aceptó el que más se avenía con el espíritu de aquellos monarcas, que, aunque «celestes», evitaría como evitó, procedimientos violentos, siendo los papas Martino V y Alejandro VI, los que dieron formas al nuevo arbitramento, resolviendo el primero, la disputa de las islas Canarias⁽¹⁾, é «imaginando» el segundo, la línea divisoria á que debían sujetarse los subsiguientes descubrimientos á 1493⁽²⁾.

(1) J. VIERA: *Historia de las Canarias*, VII, 16.

(2) C. CALVO: *Colección histórica completa de los tratados*, I, 4.

Para conocer los progresos sucesivos á que se iba llegando en materia de navegación y de descubrimientos geográficos, hay que recorrer esos «diarios» y «relaciones» de los primeros navegantes, memorias en su mayoría analizadas y presentadas en ricas y originales obras de conjunto, todas ellas, de reputados historiadores marítimos, que en los pasados siglos han visto la luz.

Pero ante todo, á los progresos del arte de navegar se debe que, ya á mediados del siglo XVIII, se plantearan una serie de problemas que la navegación misma tendría que ir resolviendo total ó parcialmente, y á lo cual, contribuyeron con honroso empeño, distinguidos marinos ingleses y franceses, como los Cook, Byron, Dixon, Vancouver, La Pérouse, Marchand, etc., quedando decididamente rezagados «los maestros del pilotage sublime». Al par de estos estudios, asunto propio de náuticos ó astrónomos — desde que se trataba de la árdua cuestión de la longitud en el mar, para lo que se requería conocimientos teóricos y prácticos — se inició paulatinamente el de las condiciones de la naturaleza física de las tierras descubiertas, en sus variados é interesantes aspectos, entre los cuales especialmente nos interesa el de las tribus indígenas de América, que ya á fines de dicho siglo iban extinguiéndose, desgraciadamente para la ciencia.

Dicho se está, que la navegación moderna debía traer todas esas soluciones á la precisión matemática y especialmente, la que nos debía dar el método para apreciar la longitud y la latitud en el mar; luego, los estudios magnéticos y meteorológicos tendrían que ocupar la atención preferente de las sociedades de geografía hasta convertirse en el motivo exclusivo de costosas expediciones á los mares helados, que con el establecimiento de observatorios meteorológicos y magnéticos circumpolares, acusan, como se comprende, un progreso extraordinario.

Ante todo, para que los vastos dominios de aquellas monarquías pudieran ofrecer el aliciente que, con justa sospecha, algunos no dejaban de presentir, era necesaria una determinación de sus fronteras ó linderos sino un perfecto deslinde y amojonamiento; el estudio de las condiciones físicas del suelo con la complementaria clasificación de su fauna y flora; su hidrografía, que debía satisfacer las primeras necesidades de la comunicación, y si fuera posible, como elemento eficaz para futuras soluciones teóricas y prácticas, el conocimiento de las distintas agrupaciones indígenas que habitaban el territorio americano. Es conocido el éxito que aquellas exploraciones alcanza-

ron en esta segunda faz de la conquista, ó mejor dicho, el ali-
ciente que recibieron (1).

Bien; esa disputa por el predominio territorial que á tan
graves extremos llevó, se sostuvo por espacio de trescientos
años, en lo que á España y Portugal se refiere; desde que el
descubrimiento del continente dió formas precisas á la rivalidad
entre ambas nacionalidades, hasta el tratado de San Ildefonso,
el que, como los anteriores, no traería la solución esperada, á
pesar de las estipulaciones aclaratorias que las cancillerías en-
tendían prudente agregar, siempre sobre la base del más abso-
luto desconocimiento de la geografía, suplida en los tratados y
protocolos por la anfibiaología en los títulos como en los térmi-
nos para probarlos (2).

Sin detenernos en la relación de los grandes y pequeños
incidentes que postergaron la ejecución del tratado, por ser
ya conocidos (3), y desde que no tienen relación con nuestro
propósito final, ó sea de ello lo que fuere, pasaremos á ocu-
parnos de los que en definitiva fueron designados para poner
en práctica las instrucciones que Galvez firmara en Aranjuez,
y que el 12 de Mayo de 1782 (4), llegaban á Montevideo para
trasladarse recién á Buenos Aires en Febrero de 1783.

Varela, Alvear, Azara, Aguirre y Rico fueron los encargados
de la honrosa misión; distinguidísimos marinos todos, muy
merecedores por cierto de la confianza que inspiraban y á quie-
nes, el Uruguay, el Paraguay y la Argentina, deben toda una
serie de publicaciones de interés vário pero especial á estas
comarcas del Río de la Plata, y que indiscutiblemente mucho
influyeron para su conocimiento en los centros científicos euro-
peos, siendo las memorias de Azara las que más se conocieron
ó citaron, pues las ediciones en francés, inglés, alemán, ita-
liano y castellano, consiguieron fácil difusión, por las tenden-
cias del público lector ávido de conocer los resultados de esos
aventurados viajes.

(1) Las expediciones de Malaspina y Jorge Juan y Antonio de Ulloa tu-
vieron por objetivo principal esas indagaciones.

(2) Puede verse en C. CALVO en su *Colección histórica de los tratados*,
las proporciones que adquirió el célebre «expediente particionario»; el tomo
VII contiene una síntesis histórica que precisa los términos alegados, facili-
tando su inteligencia. *El Alegato Argentino*, en la cuestión Misiones, com-
prende la historia moderna del litigio de límites, cuando ya eran partes los
herederos de España y Portugal.

(3) P. GROUSSAC: *Anales de la Biblioteca*, I, 207—208.

(4) P. GROUSSAC: *Ibid.*, I, nota de la página 210.

Don Félix de Azara, nombrado comisario y primer jefe (1) de la tercera partida demarcadora, que, por las instrucciones recibidas debía practicar en unión de la partida portuguesa los estudios del terreno y el trazado de la línea fronteriza en las márgenes del alto Paraná, — desde el Salto grande, latitud 24° 4', hasta la desembocadura del Igatimí, por el curso de éste siguiendo al poniente hasta encontrar las vertientes de otro, que desembocara en el Paraguay llamado Ipané, por no hallarse en esa comarca río alguno con el nombre de Corrientes — se trasladó á poco tiempo de llegado á Buenos Aires á la Asunción del Paraguay, para preparar con método todos los detalles de la expedición, adelantándose así al comisario portugués que en cumplimiento de lo convenido debía concurrir al mismo punto, (desembocadura del Igatimí) para de allí, iniciar la tarea conjuntamente (2).

Ese término continuamente prorrogado, á instancias del comisario portugués, no pudo verse cumplido; las especies urdidas como dilatorias no dejaban por otra parte de prevenir que nunca se cumpliría, y también en el ánimo de Azara esta sospecha se iba fortaleciendo, á medida que inquiría noticias y efectuaba estudios de la comarca en que debía operar.

Así se presentó la ocasión para que iniciara sus excursiones por el territorio y reuniera los datos que debían formar sus primeros apuntes, los cuales han sido publicados, en 1873, por el señor general Mitre.

Paulatinamente, y á medida que Azara recogía el hermoso conjunto de datos originales, investigaba en los archivos de la Asunción, los antecedentes exactos y noticias en general sobre la historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata, asunto que fué profundizando hasta darle la forma de un ensayo bastante completo y fidedigno, superior á todos los que hasta la fecha se habían publicado, ensayo que está compren-

(1) El biógrafo de los Azara, don Basilio Sebastián Castellanos de Lozada, dice que don Félix fué nombrado jefe ó comisario principal de las distintas partidas demarcadoras. Es un raptó de eufusión explicable, no sabía lo que decía. Véase en *Panteón biográfico moderno de los ilustres Azaras de Barbuñales* etc., página 94, Madrid, 1848.

(2) Véanse las instrucciones dadas por el ministro Galvez al virrey de Buenos Aires: en CALVO tomo VII introducción, páginas XXII — XXV y en la *Memoria Geográfica* etc., de Oyarvide, capítulo I. Dichas instrucciones fueron modificadas por Vertiz en su *Plan* y, como consecuencia, lo que á Azara tocó en lote estudiar. El *Diario* de Alvear, publico desde el tomo I de los *Anales de la Biblioteca*, contiene el texto íntegro de las mencionadas *Instrucciones y Plan*.

dido en el segundo tomo de su *Descripción é Historia del Paraguay y Río de la Plata*, publicada en Madrid en 1847.

Después de la redacción de sus apuntes de viaje, fué dando formas distintas á las anotaciones, y así, en materia de geografía é historia tenemos: á la *Historia y Descripción crítica de las Provincias del Paraguay y Río de la Plata* (1); otra *Descripción histórica, física, política y geográfica* (2); la *Geografía física y esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones Guaraníes* que ahora se publica, y, finalmente, á sus *Voyages dans l'Amérique Méridionale* publicados bajo la dirección de C. A. Walckenaer en 1809 los que, como quedará demostrado, comprende á todas su excepción. *Essais sur l'histoire naturelle des Quadrupèdes de la Province du Paraguay* (3) y los *Apuntamientos para la historia natural de los Pájaros* (Madrid 1803), constituyen las obras, por así decir especiales del autor, que, con las anteriormente citadas, bien pueden reputarse como los anales de la tercera partida demarcadora, desde que, al lado de la iniciativa y de la propia labor del jefe, está la no menos apreciable cooperación de Cerviño, Boneo, Pazos y Zizur, subalternos tan dignos de la franca confianza del superior, que varios de aquellos viajes como la carta del río Paraná, en buena parte de su curso (4), ha sido levantada de acuerdo con la derrota seguida por Cerviño y Pazos. Ya se ha citado la edición dada á luz en Madrid de su *Descripción é Historia del Paraguay y Río de la Plata*, que comprende la interesante parte histórica á que nos hemos referido; y por último, debemos recordar también: á sus *Memorias sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801; demarcación de límites entre el Brasil y Paraguay á último del siglo XVIII, é informes sobre varios particulares de la América Meridional Española*, publicados por su sobrino don A. de Azara bajo la dirección de don B. S. Castellanos de Lozada en 1847; á los *Viajes por la América del Sur*, publicados por primera vez en castellano, por Florencio Varela en la *Biblioteca del Comercio del Plata* desde el tomo primero (traducción B. Rivadavia); á su *Correspondencia oficial é inédita sobre la demarcación*, etc., como á otros informes y fragmentos de sus diarios de viajes, publicados por Angelis en su conocida obra histórica; y finalmente, en el «Telégrafo

(1) El manuscrito original es propiedad del señor general Mitre.

(2) El original forma parte del fondo manuscrito de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

(3) Edición M. L. E. Moreau Saint Méry de 1804.

(4) Desde el pueblo de Corpus para el sur, hasta Corrientes.

Mercantil, Rural, Político, Económico é Historiógrafo del Rio de la Plata», se han publicado unos extractos de las descripciones de los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay (*).

Varias ediciones, y en distintos idiomas como queda dicho, han difundido el meritorio esfuerzo del comisario español, quien, á pesar de sus simples «aficiones» á las ciencias naturales, como él modestamente se adjudicaba, ha podido conquistarse el respeto y la consideración que hoy unánimemente se le rinde, no tan sólo por sus afanes y fatigas.

Tal vez, una exagerada admiración por todo lo que proceda del ilustre aragonés, ha dado margen á que una *Geografía física y esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones Guaraníes*, salga á luz, con el correspondiente pasaporte editorial que acredita las condiciones ó calidades extrínsecas é intrínsecas, precisamente ausentes en el código publicado, el que, dicho sea de paso, para adelantar «á cuenta», es una copia con pequeñas modificaciones de lo ya publicado fragmentariamente.

En presencia, pues, del asunto primordial que motiva esta controversia, menester será que indiquemos los puntos ó cuestiones que ella debe comprender, desde que, ni el manuscrito ni el prólogo pueden aceptarse sin objeciones, que debidamente apreciadas justificarán el rechazo de la obra en general del señor Schuller.

Con respecto al manuscrito puede formularse así el rechazo: no reúne las calidades de los documentos autógrafos, que hacen de ellos el argumento más decisivo y de más alto valor para comprobaciones históricas, pues con la autenticidad no puede probarse ni se obtiene el sello de la personalidad, que en esas delicadas indagaciones se busca; no comprende más novedad real que la del viaje á la laguna Iberá (26 párrafos), uno que otro número más extenso, pero de poca consideración, y una síntesis que, bajo el rubro de *Comparación de los Indios del Chaco con los Guaraní*, puede sacar el lector de las otras memorias de Azara sin leer el texto de la *Geografía*; en cambio, ofrece notables desventajas, como que constituye una de las primeras formas que dió á sus apuntes. Todo lo que acaba de enunciarse se fundará suficientemente, pero antes, permitásenos una breve digresión.

Menester será tratar antes, por simples razones de método, de algunas cuestiones previas que forman ó constituyen la parte

(*) Tomo IV, número 12, folio 214; número 13, folio 226; número 16, folio 278; Buenos Aires 1802.

ilustrativa de la *Geografía*. Queremos dejar constancia de nuestra admiración por el desembolso que el Museo de Montevideo ha hecho para dar á la edición un tono llamativo, — reñido con la elegancia y hasta con la corrección en ciertos detalles (1) — sin dejar de deplorar lo que se ha cometido, con las cartas y demás ilustraciones del texto, que, á decir verdad, mejor hubiera sido que no se hubieran publicado.

Los datos biográficos que ofrece el señor Schuller, han sido extraídos de la edición francesa de los viajes y muchos párrafos transcriptos sin variantes, de la traducción publicada en la *Biblioteca del Comercio del Plata*, aunque se indique en nota, que fueron *extractados* de la «edición castellana de Florencio Varela» (2), los que, no pueden ser recibidos con seriedad, en lo que á la primera edad de Azara se refieren, así como á sus estudios iniciales y aprovechamiento. Si á lo que nuestro editor dice debemos atenernos, resulta que Azara no nació en Barbuñales el 18 de Mayo de 1746, ó, en último caso, por la nota que está al pie, se da al detalle una solución optativa. Como se comprende, todo esto no deja de ser ya muy interesante. Por otra parte, nada agrega á las conocidas noticias biográficas, una última publicación de don Basilio Sebastián Castellanos de Lozada (3), «individuo de muchas academias», de quien, á su tiempo trataremos y en la que sólo deja entrever, entre orlas y epígrafes en clásico latín, una necedad supina, inconcebible en tan magnífico sujeto.

Sobre la iconografía de Azara, nada dice el señor Schuller, reduciéndose á reproducir el grabado que trae el atlas de la edición francesa de los viajes. Nosotros ofrecemos un fotograbado del retrato al óleo que posee el señor general Mitre, el que por la fecha que lleva, fué hecho durante la permanencia de Azara en el Paraguay.

La pintura tiene positivo valor, una serie de condiciones hacen de la pieza en cuestión un trabajo bien ejecutado, por su fijeza y el tono del conjunto, dejando bien caracterizada la expresión fisonómica del ilustre geógrafo con los rasgos notablemente pronunciados de los Azara (4). Viste Azara el uniforme

(1) Por la variedad de tipos, no conozco edición que se le iguale.

(2) *Viajes por la América del Sur*. Traducción B. Rivadavia, en Biblioteca del Comercio del Plata. Montevideo, 1850.

(3) B. S. CASTELLANOS DE LOZADA. *Ibid.*

(4) Esta tela fué encontrada en un villorrio al norte de la Asunción del Paraguay, y traída hace algún tiempo á Buenos Aires por el explorador del Chaco D. L. J. Fontana, fué adquirida por el general B. Mitre. El retrato de

militar; en uno de los ángulos superiores se vé el escudo de la familia con el yelmo de caballero, á su pie lleva esta leyenda: D. F. Azara — 1797 — B. L. P. Puede citarse también como pieza interesante, al fotografado publicado en el tomo segundo del *Annual Report of the Smithsonian Institutions*, correspondiente al año 1897 (?). Este último retrato ofrece notable parecido, con el publicado por Walckenaer en el atlas de su edición. En cuanto á las notas justificativas, que vuelve á publicar el señor Schuller, bien pudo ofrecerlas Walckenaer porque se referían exclusivamente á la obra que estaba preparando; pero ¿qué suerte aclaratoria, certificativa ó de elegancia pueden tener acá?

Las cartas del Ayuntamiento de la Asunción del Paraguay á Azara y las contestaciones de éste, no sólo constan en las ediciones de 1809 y 1847, sino que también en la citada obra del editor Castellanos de Lozada y, en el códice (?) que posee la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, están las copias de puño y letra de Azara. Para terminar este parágrafo, debemos hacer notar antes, las omisiones que el señor Schuller ha cometido en la lista de las ediciones que se conocen de las obras del geógrafo, ellas son las siguientes: una, de la *Descripción del Paraguay*, etc., calcada sobre la española de 1847, Asunción 1896; una edición inglesa de la *Historia natural de los Cuadrípedos*, por W. Perceval Hunter, Londres 1838; y dos ediciones en italiano de los *Viajes*, calcadas sobre la francesa de 1809 traducción del profesor G. Barbieri, la primera, dada á luz en Milán en 1817, y la segunda en Torino, en 1830.

IV

Veamos á lo que queda reducida la novedad del manuscrito que acaba de publicarse en Montevideo; pretexto ó motivo de introducciones, prólogo y notas, en los que el criterio y la erudición del señor Schuller por fin, se exteriorizan, para dejar una impresión desfavorable por su forma inconveniente y su fondo de valor desigual, ya que debe atenderse á cada una de sus partes y concederse, cierto interés á las demostraciones que ofrece

cuerpo entero que ejecntó al óleo el pintor español F. Goya, se conserva, según noticias, en Barbuñales. De este retrato se sacó un busto, haciéndolo grabar luego Walckenaer, para la edición francesa de los *Viajes*.

(?) Página 74, plancha IV.

(?) *Descripción histórica, física, política y geográfica*, etc.

para fundar su tesis etnográfica, lo que en suma para nosotros, no tiene mayor importancia que la de una simple adhesión.

En Julio de 1897, el señor G. Roosen ofrecía en venta al gobierno argentino el manuscrito que se acaba de publicar. Pasada la propuesta á informe de persona tan habilitada para formularlo como el señor director de la Biblioteca Nacional, don P. Groussac, éste se expidió aconsejando su inmediata adquisición, en vista del resultado obtenido de su examen y cotejo, lo que, sin embargo, no fué así resuelto por el ministerio respectivo (*).

Posteriormente, en el mismo año de 1897, el señor Roosen ofreció su artículo al Archivo General de la Nación, y su director, después de oír la opinión de los señores M. F. Mantilla y E. Ortiz Basualdo, sobre el particular, resuelve no aceptar el códice ofrecido, como consecuencia de las razones que dichos miembros consultores dieron para probar su insignificante valor (**).

Esa discrepancia fundamental de los informes, pudo ser motivo de un tercero y amplísimo dictamen que sirviera de fundamento suficiente para formular la admisión ó el rechazo y hasta de examen concluyente é ilustrado, de las interesantes cuestiones que comprenden el valor extrínseco é intrínseco del códice. A este fin, no era suficiente, como se comprende, la simple comparación del códice propuesto con el que demostraba más estrecha relación, ni esa aparente abundancia de datos originales, apreciados por el mayor número de párrafos, tablas, etc., podían arrancar una opinión bien fundada, sin ejercitar estrictamente todos los recursos del más completo y minucioso cotejo. Decididamente, el dictamen del señor P. Groussac, debe rechazarse por insuficiente.

El señor Groussac dice en substancia lo siguiente: «de la compulsiva verificada entre el manuscrito publicado por Mitre (**), y el propuesto, (publicado por Schuller) resultan marcadas diferencias, aunque no es autógrafa como el de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Esta desventaja queda compensada con

(*) No deja de ser muy interesante lo siguiente: en la página LXVI del prólogo se expresa que: «á esta clase de documentos pertenece el Ms. que nuestra Biblioteca Nacional posee, adquirido en el año 1896 por el Gobierno de la República». Se trata de un simple *qui pro quo*, ó de que existen en plaza, dos copias de la Geografía?

(**) Obrán en nuestro poder las copias de los informes á que hemos aludido; aprovechamos la oportunidad para agradecer á los señores P. Groussac y J. J. Biedma, la consulta que nos han permitido hacer de los originales.

(***) El de los *Viajes*, ó sea la primera forma de los apuntes.

la amplitud de los relatos, con las ilustraciones que aclaran el texto (?), con los apéndices de interesantes cuadros estadísticos y hasta con la corrección de la exposición.»

«El Ms ofrecido arranca de Villa-Rica, termina en la Asunción; el nuestro, del mismo punto y termina en Santo Tomé; variedad representada por un aumento de 378 párrafos y 37 páginas de papel florete español de compacta letra y estrechas líneas. El Ms describe 26 pueblos á que el autógrafo nuestro no llega. No figura en éste tampoco, el prólogo que tanta luz arroja sobre las fechas de las relaciones é indica el meridiano adoptado para las situaciones geográficas, etc... Hasta el párrafo 316 parece que el manuscrito fué escrito copiando el autógrafo que poseemos (?), siendo los aumentos una consecuencia de la redacción más completa. Queda probado que el Ms es de Azara por ser copia en parte del autógrafo, y como prevalecen también los elementos restantes que abonan en pro de su autenticidad, como la unidad de estilo y de estructura, no debe dudarse en lo más mínimo sobre la cuestión de origen, máxime cuando aparece al pie de él la firma de Azara, indubitante, según los testimonios de los doctores Seguro y Gutiérrez. El Ms, por lo aducido, resulta interesante y su adquisición recomendable.»

El informe producido por los señores M. F. Mantilla y E. Ortiz Basualdo reúne mejores condiciones como trabajo de coitejo, aunque no es tan minucioso y detenido como hubiera sido de desen, reduciéndose á demostrar las semejanzas más notables entre el códice propuesto y las anteriores publicaciones del autor, incurriendo en el error de consagrar á la edición de 1847 de la *Descripción del Paraguay*, etc. (?) como la obra más completa del geógrafo, cuando en verdad lo mejor que existe es la edición francesa de los viajes, que se publicó en París en 1809, bajo la dirección de C. A. Walckenaer (?), como quedará demostrado más adelante.

(?) Dos láminas: la planta del añil y el arbolito de la yerba del Paraguay. En cuanto á los planos, el de Atirá, Concepción, Candelaria y la Asunción, ya han sido publicados; véase el atlas de la edición francesa de los viajes, etc. París, 1809.

(?) Schuller dice que tanto el nuestro como el suyo, han sido copiados, «de otro autógrafo cuyo paradero hasta el presente ignoramos, pero del cual fuera de toda duda, ha sido copiado el Ms que damos á la estampa». Mera suposición sin fundamento.

(?) F. DE AZARA: *Descripción é Historia del Paraguay y Rio de la Plata*, obra póstuma de don F. de Azara, Madrid, 1847.

(?) F. DE AZARA: *Voyages dans l'Amérique méridionale*, Paris 1809.

Como los exámenes que ambos informes demuestran son muy generales, reducidos á lo estrictamente necesario, y siendo imprescindible para llegar á una conclusión exacta el minucioso cotejo del manuscrito de la *Geografía* con las diferentes memorias dadas á luz del mismo autor, pasaremos á acometer la tarea con el cuidado y la escrupulosidad que el caso exige, sin preocuparnos de contestar las afirmaciones de los que en este trabajo nos han precedido, desde que los resultados aparecerán en detalle, y luego, en un breve párrafo final, sin pretensiones, ó mejor dicho, con la especial preocupación de destituirlo de toda contextura de alegato forense.

Lo que al valor extrínseco se refiere, ha quedado librado á la buena voluntad del copista, ó á la del editor, quienes, como es evidente, habrán hecho desaparecer la calidad de la forma primitiva de los apuntes, tal como se redactaron y ordenaron durante esas largas peregrinaciones, precisamente lo único que debió publicarse, pues hubieran constituido el antecedente de las obras de conjunto que después ó antes vieron la luz. El manuscrito que se publica, es copia en su primera parte, del autógráfo que existe en nuestra Biblioteca Nacional, como muy bien lo expresa el señor Groussac, ampliado, por el cambio de redacción y por algunos (muy pocos) párrafos nuevos, y en cuanto á la segunda parte, ó «Descripción general», es copia también, aunque menos completa, del autógráfo que posee nuestra Biblioteca Nacional que lleva por título: *Descripción histórica, física, política y geográfica*, etc. y del cual, dicho sea de paso, Azara se expresa así: «Il parle (M. Moreau Saint Méry) d'une autre description historique, physique, politique et géographique de la province du Paraguay, qu'il avait commencée à traduire; mais vous n'en devez faire aucun cas, parce qu'elle est contenue dans celle qu'on va publier, et parce que je l'écrivis à la hâte dans un temps où je n'avais pas l'instruction que j'ai aujourd'hui, et uniquement pour satisfaire les prières du corps de ville de la cité de l'Assomption (1).»

Cinco cuestiones considera el prólogo del manuscrito á saber: viaje de Azara al Río Grande de San Pedro; viajes de Azara como consecuencia de la demora de los portugueses en acometer la tarea de la demarcación; apuntes de las observaciones efectuadas en aquéllos y de las investigaciones de la historia de la conquista del Paraguay y territorios de ambas márgenes

(1) F. DE AZARA: *Voyages*, etc., I, Correspondencia entre Azara y Walekenær, carta 6ª.

del Río de la Plata; métodos por él adoptados para apreciar las distancias, para la determinación del lugar geográfico, como asimismo, para la adopción del meridiano que pasa por la ciudad de la Asunción; lo referente al trazado de los ríos en la carta que construye en colaboración con sus subalternos, y, finalmente, las reglas de estructura ortográfica adoptadas para conservar la fidelidad de los nombres geográficos en guaraní.

Comprendidas están en absoluto, las diversas cuestiones que dejamos enunciadas en las introducciones de las obras generales de Azara, que ya hemos citado (*) y especialmente, en la edición de 1809 que trae numerosos detalles de los procedimientos adoptados para apreciar las distancias y de los instrumentos y su uso para apreciar la longitud y la latitud. La edición de 1847, desde ya puede considerarse deficiente, no sólo por el método empleado en la exposición como por ausencia de consideraciones y buena parte de datos que la primera comprende.

Abordando la materia de los «Viajes», puede afirmarse que: el primero á «Villarica», se encuentra publicado *in extenso* (†), resultando del cotejo de ambos textos, que ciertos detalles de importancia no figuran en la edición que nos ocupa (‡); modificaciones introducidas en la copia para alterar y no para aclarar ó ampliar la relación. Los viajes segundo y tercero, ó sea, á la «Cordillera» y á «Misiones», han sido publicados también en la edición Mitre, ofreciendo ésta mas minuciosidad en la información y hasta mayor corrección en el estilo. Si es cierto que no existen diferentes criterios en la apreciación de los hechos, las amputaciones, en cambio, que ha sufrido el manuscrito publicado por Schuller, se notan en algunos párrafos del viaje á la «Cordillera» (¶), y extracciones de párrafos completos (¶) para formar el capítulo aparte de los «Peque-

(*) La francesa de los viajes etc., y la española de 1847.

(†) «Revista del Río de la Plata», tomo I y siguientes.

(‡) Las alteraciones más notables son las de los números 37—41, faltando como decíamos, en la última edición, detalles que pueden ser de interés. A propósito de aumento de párrafos: en esta edición, los números 37 y 39 están consagrados para referir que el viajero fué á misa, el primero, y el segundo, que volvió á la casa de Báez; mientras que en la edición Mitre es cuestión de un simple punto aparte. Así resultaba fácil multiplicar los párrafos.

(¶) Podemos citar, entre otros, á los que llevan los números 80—83, del manuscrito publicado por Mitre.

(¶) Los materiales que constituyen los números 117—123 y 143—145 del viaje 3º (del manuscrito Mitre) faltan en el de Schuller, en el mismo

ños Viajes». Todo esto no puede sorprender al prologuista, ya lo sabía; también le será fácil sospechar que no hemos extremado los procedimientos para probarle que la asociación de ideas, como el estilo, es tan incorrecto en uno como en otro código, aunque fuera de duda el que últimamente se publica lleva la peor parte.

El cuarto viaje al «Río Pilcomayo» ha sido publicado por P. de Angelis (*), *textual*, aunque no parezca así al señor Schuller, «que no comprende la razón» de algunas omisiones que aquel editor ha cometido, lo que nosotros no hemos podido notar á pesar de la compulsiva verificada, á no ser, que la pesada tarea y los sofocantes días de Diciembre, á ella especialmente destinados, nos hayan atrofiado el órgano de la claridad. El viaje á «San Estanislao» y «San Joaquín» (cuarto en el manuscrito Mitre) ofrece algunas diferencias favorables al anteriormente publicado, principalmente en la parte final del viaje á «San Joaquín», como lo hace notar el mismo señor Schuller (†), que dice: «Azara omite aquí la relación del viaje de su oficial subalterno don Pedro Cerviño». También hace notar este editor, que en el manuscrito por él publicado falta el largo párrafo que en el de Mitre lleva el número 285, el que refiere un viaje de Cerviño y Boneo. No hemos notado más novedad, que la del aumento del número de párrafos, en extensión más breves y en substancia equivalentes á los del código publicado por Mitre, pero con el inevitable trastrueque de términos que nos arrojan resultado positivo.

Siguiendo esta tarea tan pesada como poco elegante, diremos que en el viaje á Carapeguá y Quyyindy se nota una supresión en el manuscrito que publica Schuller que la constituyen cuatro párrafos que llevan los números 295 — 298 del manuscrito publicado por Mitre, uno de los cuales comprende, la descripción de Acaay, (vice-parroquia) (‡).

El viaje séptimo á «Curuguaty» corresponde al sexto del manuscrito publicado por Mitre, á pesar de parecer distinto por el nombre de la villa visitada, lo que en realidad no es así, pues, como lo hace notar el mismo señor Schuller en la nota de la página 191, el propósito final del viaje fué Quaripoty,

lugar; son los viajes á Caapucú y Cangó ó Boby, que en el último manuscrito forman parte del capítulo de los «Pequeños Viajes».

(*) P. DE ANGELIS: *Colección de Obras y Documentos*, VI, 1837.

(†) Manuscrito publicado por Schuller, nota al pie del número 280.

(‡) El señor Schuller los agrega en nota.

Curuguaty y otros pueblos. Se notan en este viaje variantes notables en los textos, destacándose por su precisión y soltura de la frase, el publicado por Mitre, en apariencia más breve ó poco minucioso al principio, ó sea en lo que á Quaripoty, Iguamandiyú, Concepción y Nuestra Señora de Belén se refiere, aunque evidentemente abreviado en la última parte (*).

El viaje á la laguna «Iberó», nos ofrece efectivamente un buen número de datos originales que el manuscrito publicado por Mitre no trae, y principalmente desde el párrafo 350; la supresión de Santo Tomé, La Cruz y Yapeyú en el mismo manuscrito no tiene importancia; con todo, la diferencia está representada por un buen número de párrafos (26). De San Roque é Itaty no trae el manuscrito publicado por Mitre noticia alguna, pero sí de los tres pueblos restantes, Ñumbucú, Remolinos y Villeta (?).

En cuanto al noveno viaje, vuelve á publicarse lo que se creía inédito. En el manuscrito anteriormente publicado (?), consta la descripción de los viajes á las capillas de Paraguay, Ibicuy, hasta llegar á Quyquyhó, con la particularidad que en la primera edición, las observaciones parecen más cuidadosas, notándose también diferencias notables en los cálculos de las situaciones. Itaty, pueblo ya conocido por una noticia histórica de Azara, vuelve á ser objeto de una descripción geográfica, como los tres siguientes: Garzas, Santa Lucía y Saladas que también han sido referidos en la primera edición (*).

La noticia histórica de la ciudad de Corrientes, que el último manuscrito trae, no pasa de ser una brevísima y defectuosa relación — sin notas ilustrativas ó aclaratorias — incomparable, á la que nos ofrece la primera edición, máxime si se tiene en cuenta, que muy poco hace al asunto geográfico, físico ó esférico, el zarandeo anecdótico de la «cruz triunfante», cuando lo esencial hubiera sido que los propósitos y la utilidad de la nueva descripción se constatará con el bosquejo de su estado social, económico y político, como á ese fin cumple estrictamente, el manuscrito publicado por Mitre. Por otra parte, lu-

(*) Los viajes á Candelaria, Ibirapariyá, Curuguaty y Carimbatay comprenden once párrafos numerados del 325 — 336 en el manuscrito que publica Schuller, cuya substancia no está comprendida en el otro manuscrito.

(?) *Viajes inéditos*, publicados por B. Mitre, 1873 «Desde Corrientes á la Asunción», páginas 50 y siguientes.

(?) Manuscrito publicado por Mitre, viaje primero á «Villarica», páginas 72 — 77.

(*) *Ibid*: «Desde Santa Fe á Corrientes» páginas 35 y siguientes.

quiera sido de desear que el prologuista, aprovechando la oportunidad que se le presentaba para ser erudito y exacto, hubiera agregado también en nota, ó simplemente citado, las publicaciones donde constan todos los detalles de la fundación de Corrientes, pues con las que ofrece, el ánimo queda perplejo, por su inseguridad manifiesta y constante, desde la primera hasta la última anotación.

Una llamativa advertencia nos anuncia, que estamos en presencia del viaje al Tebicuarí. No ha sido publicado por Mitre, pero sí por Angelis ⁽¹⁾, el que, dicho sea de paso, se lo adjudicó á Azara indebidamente, pues, como ha quedado probado, lo verificaron dos subalternos de aquél, el teniente de navío don Martín Boneo y el ingeniero don Pedro Cerviño.

Sobre este viaje al Tebicuarí, el señor general Mitre hizo, en la introducción de los *Viajes inéditos* publicados como se sabe en la «Revista del Río de la Plata», algunas afirmaciones contrarias indudablemente á la realidad de los hechos, pero explicables, si se tiene en cuenta la breve noticia que Angelis agregó á la publicación y, por otra parte, á la falta de los elementos necesarios para obtener la prueba contraria, lo que hoy recién ha podido conseguirse con el texto de la *Geografía* especialmente y que el señor Schuller invoca para hacer inclinar la opinión á su favor. El señor general Mitre no ha sido el único que ha incurrido en ese error, materialmente inevitable á todas luces; el señor Groussac lo ha repetido, hasta puede decirse, con mayor conciencia de lo que afirmaba cuando, en su «Noticia biográfica de don Diego de Alvear» refiriéndose á Azara, se expresa así ⁽²⁾: «En el orden geográfico es de bastante interés su reconocimiento del río Tebicuarí». «Nadie en este mundo», le negará al señor Schuller lo que acaba de demostrar, pero con más circunspección y menos transcendentalismo, hubiera impresionado mejor.

Este viaje décimo al Tebicuarí, que publica el señor Schuller, es un extracto del anteriormente publicado en la ya citada obra de don P. de Angelis como también lo hace notar el señor Schuller, y que buena parte de su material está comprendido en los viajes 1º, 3º y 4º (del manuscrito publicado por Mitre) por cuyo motivo, se habrá creído prudente evitar la re-

(1) P. DE ANGELIS: *Diario de la Navegación y Reconocimiento del Río Tebicuarí*. Colección de obras y documentos, etc., II, 1837.

(2) P. GROUSSAC: *Noticia biográfica de don Diego de Alvear y Examen crítico de su diario*, «Anales de la Biblioteca», I, 211.

petición, como asimismo, los rumbos y distancias navegadas por el río.

El undécimo comprende, los viajes encargados por Azara al alférez de fragata y primer piloto de la real armada, don Pablo Zizar, viaje que tuvo por objetivos los siguientes puntos: Guarnipitan, San Lorenzo, Frontera y Lambaré (*). Forman estos apuntes el cálculo de los rumbos y distancias y la indicación del lugar geográfico, sin detalles que indiquen las otras indagaciones que Azara agregaba ó complementaba sin descuidar, como ser, las primordiales, de indole esencialmente astronómicas y geométricas. Las observaciones de las dos localidades que quedan sin conocer, del capítulo de los «Pequeños viajes», — porque como se recordará Caapucú y Cangó ó Bovi, constan en el viaje á «Villarica» del manuscrito publicado por Mitre — ó sea, de Barrero y Luque, son de análoga importancia.

Queda terminada la primera parte del código que se refiere á los viajes, en cuya obra han colaborado, como queda demostrado, Azara y sus dignos subalternos, y, con la que han echado las bases de la geografía de la extensa comarca que atraviesan los profundos y caudalosos ríos Paraguay, Paraná y Uruguay.

Al propio tiempo que se verificaba la tarea preliminar de la exploración; otras indagaciones más especiales; como la de los cálculos de rumbos y distancias, la situación geográfica, la geología, fauna y flora, iban enriqueciendo las páginas de los diarios y formando el conjunto inapreciable de datos que no sólo por la curiosidad que cada uno de ellos podía provocar serian especialmente apreciados, cuanto que, por las hipótesis, que el posterior y necesario examen tendría que ofrecer, y hasta el mismo ensayo constructivo y generalizador que luego tendría que surgir, como aspiración final y superior de la ciencia.

De cualquier manera, eran países desconocidos; original y caprichoso el suelo, con una fauna peculiar, absolutamente nueva, y una flora, tal vez única por la grandiosidad del con-

(*) El señor Schuller ha estado confundido, ó no ha expresado lo que deseaba cuando escribió la nota que está al pie de la página 275. Ese «Diario» de una expedición á Salinas emprendida por Zizar, no tiene nada que ver con la obra de Azara. Se trata de las Salinas situadas en la guardia de las Tunas (provincia de Buenos Aires), viaje del que Zizar dió cuenta al Cabildo en forma de un «diario», acompañado de un mapa, que se publicó primero, en el Registro estadístico de Buenos Aires y luego, en la conocida obra de Angelis, tomo VI.

junto; caídas de agua que la imaginación sólo puede concebir en las clásicas selvas de Sajonin, y, en otra categoría de accidentes, propios también de la tierra americana, el mismo indígena sedentario sometido á la ley de una nueva vida; fueron como se comprende, motivos suficientes para estimular la fibra del observador inquieto y seguro de la interesante perspectiva; habrá sido la realización de sus sueños juveniles, el agradable presagio de días felices, transcurridos suave é imperceptiblemente en el estudio de una serie de cuestiones que, su criterio justo y prevenido revestiría de formas capaces de caracterizar la obra provechosa, de sus viajes por América.

Comprende el primer capítulo de la «Descripción general del Paraguay», una breve reseña de sus antiguos dominios territoriales, en la que se hace mención de los despojos posteriores de que fué objeto, como de la resistencia de los jesuitas á reconocer la soberanía de los monarcas españoles en sus misiones y, finalmente, de las dificultades á que dió margen la división de esos territorios dada por real cédula de 1720, lo que en definitiva, no fué resuelta satisfactoriamente (').

(') La factura de los primeros párrafos de este capítulo no se recomienda por su claridad, notándose al final del que lleva el número 472, una confusión en la sucesión de los acontecimientos, que hace peligrar la verdad, dejando en cierta manera inseguro al lector. Preferible á todas luces es, la siguiente relación de esos mismos antecedentes, que Azara hace en su manuscrito original, titulado: *Descripción histórica, física, política y geográfica, etc.*, el que, como se sabe, forma parte del fondo manuscrito de nuestra Biblioteca Nacional.

Dice el autor: «Los límites de esta provincia, asignados en los despachos de don Pedro de Mendoza y Alvar Nuñez, no están claros, porque entonces se sabía poco de la geografía de estos países; sin embargo, fueron desde el Río de la Plata al Estrecho de Magallanes, y doscientas leguas de costa en la Mar del Sur hasta dar con el gobierno del Mariscal Diego Almagro. También comprendieron la isla de Santa Catalina, y lo que hay de la Asunción á ella, la provincia que llamaron El Guayra hasta más allá de donde tuvo existencia la Villa Rica, y por lo que hace al Norte hasta la Laguna de los Xarayes, los Chiquitos, Mojos y la provincia que hoy es de Santa Cruz de la Sierra.

La primera desmembración ó división que padeció el gobierno del Paraguay fué de los Chiquitos, y Santa Cruz de la Sierra que se hizo por el parentesco de Nuño de Chaves con el Virrey del Perú, según queda dicho. Después, en 1620, se dividió en dos, encargando al otro gobernador las provincias de Buenos Aires y Tucumán. Siguese á esto la pérdida de la provincia del Guayra con la retirada de la Villa Rica atacada de los Mamelucos, y, por fin, la extensión de la provincia del Paraguay se hallaba reducida á muy poca cosa, cuando vino á gobernarla el señor Moneda.

Aun lo que le quedaba hacia el Sur fué muy controvertido por los go-

Esta reseña — que agregamos en nota para no abusar de la atención del lector — demasiado sintetizada para un texto de geografía, puede considerarse nueva, no comprendida en las obras publicadas del autor, ó especialmente destinadas á esas dilucidaciones de límites, pero no desconocida en absoluto, pues esos antecedentes han sido referidos en varias publicaciones y entre otras, en la del señor M. R. Trelles (*) destinada exclusivamente á esos enredos de límites, que á cada sección en que se dividió el virreinato del Río de la Plata tocó en lote.

Menciónase en párrafo aparte, el límite norte de las provincias del Paraguay, que no es otro que el establecido en el Tratado de San Ildefonso (†) el que corresponde exactamente, al que actualmente tiene.

bernadores de Buenos Aires. Mas, al fin, se limitó este gobierno por el Sur al Río Tevicuari, y así estaba cuando por Real Ordenanza de Intendentes, del año de 83, se le incorporaron trece pueblos de Misiones Jesuíticas, que se comprendían en este Obispado, porque dicha ordenanza señalaba por límites de las provincias los de los Obispos; pero no se le han aplicado las tierras que hay desde Neembucú al Paraná, porque los Correntinos apoyados al gobierno de Buenos Aires, interesado en el asunto, no han querido cumplir dicha Real disposición que dá los mismos linderos á los Gobiernos y Obispos. Y porque muchos los ignoran los voy á referir originalmente.

La Bula en que Pablo III erigió el Obispado del Paraguay, no le dá otros límites que los que señalase Carlos V, á quien y á sus sucesores, dió facultad de alterarlos cuantas veces quisieren en lo futuro; pero como no hubiese Obispo en Buenos Aires ni Tucumán, el del Paraguay atendía á todo hasta que habiéndose erigido Obispo en Buenos Aires, tuvieron ambos multitud de disputas sobre límites; las cuales se acabaron expidiendo una Real Cédula en 1720 mandando á los litigantes que nombrasen Arbitros. Estos fueron los Padres Jesuitas José Isaurralde y Anselmo de la Mata, quienes en 20 de Junio de 1737 asignaron por lindero el Río Paraná, desde su confluencia con el Paraguay hasta la del Igarupa y subiendo por éste y el Guazú Pizaró hasta su origen. De allí señalaron la raya por lo más alto de las tierras medias entre el Paraná y el Uruguay hasta donde se hallan los orígenes de los ríos San Antonio y Pepirí-guazú; de modo que las vertientes del Paraná quedaron por el Obispo Paraguayo y las del Uruguay del de Buenos Aires. El resto de los límites del Obispo del Paraguay son los que se asignaron en virtud del tratado de 1777 entre nuestra Corte y la de Lisboa. Yo los he marcado en el mapa, pero quizás se alterarán al verificarse la Línea Divisoria; por el Occidente no hay límite asignado á esta Provincia y Obispado; pero como no tienen posesiones en el Chaco, podemos decir que sus límites no pasan por este lado del Río Paraguay».

(*) M. R. TRELLES: *Anejos á la Memoria sobre la cuestión de límites entre la República Argentina y el Paraguay*, 1, 140, Buenos Aires, 1887.

(†) C. CALVO: *Ibid* VII. Se encuentran también en el *Alegato de la República Argentina* (Cuestión de límites con el Brasil), una exposición y comentario de los tratados y protocolos que nó se cumplieron por la reticente actitud lusitana, páginas 214 y siguientes.

Es de notar, en toda esa árdua discusión y expedienteo á que dió lugar la demarcación de límites de aquellos dominios, la extraordinaria mala fe puesta en juego por los portugueses para conseguir el aplazamiento de la tarea sobre el terreno, y especialmente, la que se refería á la sección del territorio que le tocó estudiar á la tercera partida demarcadora, de la que era jefe Azara; dificultades que crearon la imposibilidad, que obligó á éste, á formular sus protestas y observaciones sobre los ríos por donde, interpretando *bona fide* los tratados, debía trazarse la línea fronteriza (*). Bien, pues, en esta materia de límites no está el manuscrito que se publica á la altura del que acabamos de citar en nota, aunque, como recién se ha dicho, el asunto con todos sus pormenores es demasiado conocido.

Lo que á «Disposición y calidad de las tierras» comprende el manuscrito, ha sido publicado en las ediciones de 1809 y 1847; idéntica conclusión se obtiene del cotejo del siguiente, que se ocupa del «Clima y Vientos». Debemos hacer notar la notable semejanza que ofrece el primer capítulo con el equivalente del manuscrito que lleva por título *Descripción histórica, física, política y geográfica*, etc., aunque es algo más breve, que el que contiene el manuscrito titulado *Historia y descripción crítica de las provincias del Paraguay y Río de la Plata* (**).

«Aguas y Ríos» tiene mucho interés por el método de la exposición, claro y suficiente para dejar una buena noción de la hidrografía del país, viniendo á constituir así, como una recapitulación, de lo ya mencionado en sus exploraciones y que sin variar en su parte fundamental es, como descripción general, bastante correcta; superior, evidentemente, á lo ya publicado en las citadas ediciones, y equivalente á la del segundo manuscrito que acabamos de citar, aunque por algunos detalles, inferior, á lo que comprende el primero. Los «Minerales» no han dado pretexto para muchas consideraciones, todo se concreta á un buen capítulo de conjeturas, que dicho sea en homenaje de Azara, se rechazan resueltamente dando á esos repetidos «inventos» (sic) el valor de simples fábulas. Por lo demás, puede considerarse en substancia, ya publicado ó mencionado en las citadas ediciones y manuscritos.

(*) F. DE AZARA: *Memorias sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801; demarcación de límites entre el Brasil y Paraguay*. Madrid, 1847. *Correspondencia oficial é inédita sobre la Demarcación de límites entre el Paraguay y el Brasil*. Colección de obras y Documentos de P. de Angéles, IV, 6º, Buenos Aires, 1836.

(**) El original autógrafo de Azara, está en poder del señor general Mitre.

Recapitulando todo lo que á la flora del país descripto consta en las anteriores publicaciones, Azara ofrece en esta, su *Geografía*, una idea general de esos bosques seculares, de los espesos granillares y pajonales que decoran la laldas de los cerros ó las costas de las innumerables corrientes de agua; de las plantas acuáticas, de alegres flores del aire y del variado conjunto de parasitarias que, brotando de los troncos podridos, suplen con su presencia la falta de algún cedro secular.

Comprende este capítulo, — que sinceramente se confiesa incompleto, digno sólo de un aficionado (*), — una interesante descripción del «árbol más útil á la provincia», desde que, todavía la yerba, constituye el fruto del Paraguay capaz de mantener un activo comercio de exportación; el único pretexto, que tal vez daría ocasión al canciller de esa república, á que repitiera aquella frase un tanto vulgar, que encierra el concepto del ideal ministro de negocios extranjeros. Ha dicho un diplomático europeo, y se ha repetido, que la persona investida de tal carácter público debía saber, no sólo comer truchas, sino que también, el precio de las truchas; toda una autoridad, pues, en materia de frutos y productos exportables, y un genio, para la guerra de tarifas. Tenemos entendido que en el Paraguay, se vive tranquilamente, á la sombra de impagables zarzos cubiertos de azahures, «chupando» la infusión de «yerba mate» y sin la menor zozobra diplomática.

Se ilustra la descripción con un buen dibujo de la mencionada planta, dibujo á tinta china, que, indudablemente, dá idea bastante fiel de lo que es; dicha ilustración no consta en ninguna de las anteriores ediciones. Sobre su descripción, beneficio, clases, sistemas de plantación, antigüedad de uso y el «mate», se presenta más completo en el código titulado *Descripción histórica, física, política y geográfica*, etc., y puede reputarse más metódico también, por varios detalles que tienen interés. Debemos hacer constar que Azara, no divide su exposición en el manuscrito que se acaba de publicar, en «vegetales silvestres» y «vegetales de cultivo»; describe á todos en el mismo capítulo, sin distinguir géneros, especies, familias, etc.

Comprende la descripción de la fauna, dos capítulos titulados; «Cuadrúpedos» é «Insectos y Reptiles», siendo ambos

(*) Con pequeñas variantes, advierte Azara en sus distintas obras publicadas y manuscritos, cuando llega á esta parte, que será breve, al sólo objeto de hacer mención de ese detalle tan importante de las condiciones de la naturaleza física. En ninguna, está mejor tratada esta materia que en la edición francesa de 1800.

brevísimos, muy inferiores desde luego, á lo que contienen las ediciones de 1809 y 1847. No habrá que mencionar, como se comprende á las obras de Azara que están especialmente dedicadas á estas materias (*). Lo que en la *Geografía* se ofrece, pues, es un bosquejo general, ausente de toda enunciación sistemática, limitado el primero, á las observaciones que le sugirieron la crianza, el desarrollo y la selección de ciertas especies domésticas; y, el segundo, á los apuntes igualmente breves sobre insectos, que á decir verdad, muy poco valen. Debemos hacer notar la identidad que existe entre el capítulo «Cuadrúpedos» que analizamos, con el que forma parte del manuscrito titulado *Descripción histórica, física, política y geográfica*, etc.

Llegamos al capítulo «Habitantes» que tan variadas apreciaciones ha arrancado al prologuista, y que, al dar motivo á que su erudición y criterio se exteriorizaran, ha provocado la provechosa compulsión y el estudio detenido, que tanta luz puede arrojar indudablemente cuando las investigaciones se dirigen con seriedad y con el exclusivo propósito de presentar un buen capítulo de conclusiones. No se tratará por el momento del prólogo, sino de la parte final del códice, con sus notas aclaratorias é ilustrativas, que el editor ha agregado al texto como corresponde á toda edición crítica.

Principia Azara, su capítulo diciendo que sólo describirá, á las agrupaciones indígenas que habitaron «en lo que comprende mi carta y en sus inmediaciones»; á los españoles, negros y mulatos, que también viven en ella, agregando como especial advertencia que «no hablaré de ellos sino de su estado actual, sin entrar en más discusiones antiguas que en la de la población de estas tierras cuando llegaron á ellas los primeros españoles».

Como consecuencia de lo que deja expresado, refiere: que los conquistadores repartieron todos los indios de la dependencia de la Asunción que no excedieron de 57.000, y que, á fines del siglo XVIII, esa población se mantenía en la misma proporción y densidad que en los primeros años del descubrimiento, y que si alguna disminución sufrió, fué debido á la acción de los portugueses y paulistas y en manera alguna á la decantada atrocidad de los conquistadores españoles, los cuales, para que

(*) De los «Cuadrúpedos» se conocen tres ediciones; la francesa de 1801 (Paris), 2 volúmenes en 16°; la española de 1803 (Madrid), 2 volúmenes en 8°, y una tercera que no cita el señor Schuller en 2 volúmenes, Londres, 1838. De los «Pájaros»; la de (Madrid) 1803, 3 volúmenes en 8°, la de (Paris) 1802, 3 volúmenes en 8°, y la del Instituto Paraguayo.

el aserto vulgar pudiera confirmarse — en lo que corresponde á los distritos de la Ciudad Real y Villarica — debieron consumirse individualmente 1500, lo que á cada español debió tocar. El prologuista no ha ilustrado este punto como debió y cuando tan fácil le hubiera sido, pues en una serie de publicaciones especiales y hasta en las conocidas revistas del *Río de la Plata* y *Buenos Aires*, tenía elementos importantes para esa dilucidación, para evitar así al lector, la desagradable impresión de la insuficiencia, como resulta en este caso que el prologuista se reduce á hacer citas que contradicen los cálculos de Azara, reduciendo todo el interés de esta cuestión, pues, á una simple opción para el lector.

Según esta geografía, los Payaguá, «ambas parcialidades» extendieron sus dominios sobre el río Paraguay, desde los 22° 8' de latitud, hasta donde se encontraban los Sarigués y más al sur, los Tacumbú, á inmediaciones de la Asunción; esto sucedía desde 1740.

Determinada la situación y el radio de dispersión de esos agregados, pasa el autor á ofrecernos los caracteres físicos y psíquicos de sus individuos, bosquejándonos el grado de progreso de su organización social, observaciones que en su totalidad, han sido publicadas en las ediciones de 1809 y 1847 con pequeñas modificaciones en el método de exposición, favorable en este caso, al adoptado por la edición de 1809. Debemos hacer notar que, en la edición que examinamos, existen algunos párrafos destinados al estudio de los medios más recomendables para someter á las naciones bárbaras, lo que, como se sabe, Azara trata en la edición de 1809 especialmente en un capítulo, que lleva por título: «Des moyens employés par les conquérants de l'Amérique pour réduire et assujettir les Indiens; et de la manière dont on les a gouvernés (!)».

De los Mbayás, nos ofrece algunas curiosas observaciones que se refieren, á su origen y á la existencia de un ser sobrenatural hacedor de todas las cosas, pero sin personificación, concebido como una abstracción superior. Por sus caracteres físicos y algunos usos y costumbres, parece que tienen afinidad con el grupo anterior, aunque es de lamentar que, para esta identificación, concurren muy pocos datos. No hemos notado diferencias substanciales entre los textos que comparamos, sólo resulta una ventaja favorable á la edición de 1809, la del método de la exposición.

(!) *Ibid.*, II, XII, 198. Paris, 1809.

Conserva esta parte de la *Geografía*, una identidad absoluta con el código de la *Descripción histórica, física, política y geográfica*, y algunas diferencias dignas de especial atención, con respecto á la descripción de los indios Guaná.

Indudablemente esas numerosas tribus choqueñas, han conservado los caracteres primitivos que las caracterizan, haciendo precisamente de sus hábitos y de un conjunto de atributos propios de su índole, individual y colectiva, de su especial laboriosidad y peculiar régimen matrimonial, el asunto de prudentes y lógicas deducciones que en definitiva, habrá que consagrar como exactas. A todas luces resulta más minucioso el texto de la edición de 1809, y sólo comparable al de la *Geografía*, el del manuscrito citado.

De los Lenguas, Guaycurú, Enimagá, Machicuy, Caayé, Ni-noquiglá, Tobas, Mocoví, Pitalacá y Abipones, habla Azara muy en general, deteniéndose en aquello que pueda sugerir alguna reflexión provechosa, que siempre lo hace notar él precisamente. Se puede conceder, que lo últimamente publicado, equivale á lo que sobre estas naciones ó tribus se conoce ya del autor, y principalmente á lo que trae la edición de 1809, para que no se diga que perseguimos el detalle nimio ó inconducente.

De los Tupí (1), no agrega nada á lo ya dicho en las publicaciones anteriores; parece sí, que hubiera cierta contradicción en los textos, por la distinta forma de caracterizar sus hábitos, pues según uno son nómades, y, para los de las ediciones de 1809 (2) y 1847 (3), semisedentarios. Lo que á este respecto expresa Azara en su *Descripción histórica, física, política y geográfica*, etc. (4), contribuye á demostrar el primer supuesto el que, indudablemente, es el más lógico. En uno de sus últimos párrafos expresa lo siguiente, que viene á corroborar lo que dice el señor Schuller en nota (5): «A esta nación debe referirse lo que han escrito algunos de la Guayaquil». De cualquier manera es una identificación que puede servir como prueba coadyuvante. A pesar de ser más breve y desarticulado el ca-

(1) Schuller cree que se trata de los Guayaqui, el fantasma de la selva paraguaya. Ambrosetti afirma que son Caingangue.

(2) *Ibid*, II, 70 y siguientes.

(3) *Ibid*, I, 180 y siguientes.

(4) Manuscrito inédito, en el capítulo titulado: «Indios Monteses no Guaraní llamados Aguitequedichagas, Guatós, Nioaquiñullas, Naliquega, Parasis, Tupis y Guayanás».

(5) Ver al final de la nota, página 162.

pítulo de la *Geografía* es más exacto en esa parte, que los otros que venimos citando.

De los Guayaná se hace una distinción; los propiamente tales que acusan una afinidad notable con los Guaraní, y los Guayaná Monteses, que sólo por el tipo físico denotan distinto origen, contribuyendo también á caracterizar la diferencia, su idioma, hábitos, usos y costumbres. Es preferible por el método y por la síntesis el texto de la *Geografía*. Lo que á Indios Monteses ó Caaguas trae, sólo consta en el texto del manuscrito de *Descripción histórica, etc.* La comparación de los indios del Chaco con los Guaraní, para demostrar sus notables diferencias, no deja de ser una recapitulación interesante y absolutamente nueva.

Comprende el capítulo siguiente, la descripción de los Guaraníes, (salvajes y reducidos), lo que en las anteriores ediciones se ha presentado separadamente. En cuanto á la caracterización del tipo original con sus rasgos primitivos, es preferible lo que dice Azara en la edición de 1809; y en materia de régimen ó sistema de las reducciones está, como se sabe, suficientemente tratada la materia en las citadas ediciones⁽¹⁾.

Lo que refiere de «Negros y Mulatos» y «Españoles», ha sido igualmente publicado.

Concluye la parte segunda del código, ó descripción general, con una breve noticia de la ciudad de la Asunción, en la que después de dar los antecedentes históricos⁽²⁾ de la fundación, el lugar geográfico y la densidad de la población⁽³⁾, agrega algunas consideraciones que no dan mayor importancia á la noticia. La tabla de los cálculos para formar la carta del Paraguay, Misiones Guaraníes y Corrientes, constituye el último apéndice con el plano de la ciudad de la Asunción, que levantó don Julio Ramón de César, el que, como es sabido, fué publicado por primera vez en 1809, conjuntamente con los planos de Concepción, etc.

Muy difícil será, pues, que nuevos y originales manuscritos de Azara nos traigan novedad, desde que, como ha quedado demostrado, se conocen las dos formas extremas que en su

(1) En el tomo II, capítulo XII de la francesa y el tomo I, capítulo XII de la española.

(2) Copiosas notas, citas y más citas, para concluir en la confusión. La fundación de dicha ciudad, resulta de esas aclaraciones tan obscura, como la de Corrientes.

(3) La tabla de la población de los partidos y pueblos de la provincia del Paraguay, en Diciembre de 1785, es más minuciosa y comprensiva que la que trae la edición de 1847.

evolución constructiva adquirieron los apuntes, ó sea, la de los viajes que con su simplicidad y pureza publicó el señor general Mitre en 1873, y la definitiva de los *Voyages* etc., que en 1809, publicó Walekenaer, la cual, como se ha repetido, comprende á todas intrínsecamente. Sólo tendría un alto interés documental para futuras dilucidaciones críticas, una descripción de forma primitiva, pero autógrafa, en la que los accidentes gramaticales que la pieza ofreciera fueran propios del autor, como á este efecto responde el código publicado por el señor general Mitre. Preferible tiene que ser como descripción del Paraguay, no tanto por el fondo como por la forma, la que existe en nuestra Biblioteca Nacional, código autógrafo de Azara que perteneció al doctor don Saturnino Segurola.

El manuscrito de la *Historia y Descripción crítica de las provincias del Paraguay y Río de la Plata*, que constituye un verdadero texto de geografía, extrínsecamente, es superior al que acaba de publicarse, é intrínsecamente equivalente, á la segunda parte de la *Geografía*, etc. No contiene el diario de los Viajes, pero tiene todas las apariencias de una de las formas más primitivas.

Luego vendría la *Geografía* con las condiciones que acaban de hacerse notar, y la *Descripción histórica, física, política y geográfica, etc.*, que como código, ya hemos dicho que es preferible por ser autógrafo de Azara, aunque por su calidad intrínseca, no vale mucho más que aquél. Trae además un capítulo bastante completo de la historia del descubrimiento y conquista del Paraguay.

La edición de los *Voyages, etc.*, que vió la luz en París, es la obra definitiva y más completa de Azara, no sólo por el número de materias de que trata, como por las ilustraciones agregadas al texto y la inclusión de interesantes cuadros estadísticos. Las obras especiales sobre los pájaros y cuadrúpedos, no ofrecen asunto especial ni dan margen, á distinciones fundadas.

La edición española de 1847, publicada bajo la dirección de don B. S. Castellanos de Lozada, en su primera parte, es equivalente tal vez, á la *Descripción histórica, física, etc.*, muy inferior como se comprende, á la edición de 1809, pero la parte histórica ó sea la que se refiere al descubrimiento y conquista del Río de la Plata, es muy superior á todo lo publicado hasta esa época. Es incompleta en la primera parte, y muy interesante, como decimos, en la segunda; nada de «disparatada», como afirma el señor Schuller sin establecer distinciones. Lo

primero, en cuanto á la obra de Azara, otra cosa es la noticia biográfica y las notas del editor. El que desce conocer ese ramillete de necedades, puede recurrir al segundo tomo de la descripción; allí encontrará hermanados el estilo más chocante con los disparates á que alude el señor Schuller.

Hay que reconocer, sin embargo, que el manuscrito de la *Geografía* nos viene á prestar apoyo en la discusión con el pan-guaranismo, pues, aparte de la demostración que de muchos puntos y detalles trae de las notables diferencias del tipo chaqueño, con respecto al tipo guaraní, en un capítulo especial sintetiza y hace notar esos caracteres diferenciales. Á este respecto, la edición española contribuye con un elemento perturbador. En la parte histórica, á medida que hace relación de los acontecimientos, trata incidentalmente de la distribución étnica de la comarca estudiada, asignando á todas, ó, á la mayor parte de esas tribus, un origen guaraní, en flagrante contradicción con lo anteriormente sostenido. No puede atribuirse á Azara la confusión; la simple lectura de las descripciones que trae la edición de 1847, no podría aclararnos el verdadero concepto que el geógrafo se formó de los distintos tipos étnicos que pudo observar en el curso de sus viajes, lo que nos obliga á verificar un estudio detenido de los distintos textos. Sin peligro de equivocarnos, podemos afirmar que el estudioso debe desconfiar más bien al editor; no es posible que Azara cometiera ese error introduciendo en su último texto una modificación inexplicable, contradicha por otros cuatro textos: los de ambos códices inéditos, el de la *Geografía* y, especialmente, por el de los *Voyages etc.*, edición de 1809.

Por lo demás, sería inútil insistir en la demostración del relativo valor del manuscrito publicado, después del examen detenido que acabamos de hacer con la mayor imparcialidad; tarea que, como se comprende, ha resultado tan pesada como provechosa, y á la que hemos dedicado todas las horas libres que otras tareas más perentorias nos han dejado.

Ahora ocurre preguntar: ¿cómo pudo aceptarse, por parte del señor director del Museo de Montevideo, el ofrecimiento del señor Schuller cuando no satisfacía la condición primordial, que se le imponía: de que dicho documento comprendiera en su integridad datos verdaderamente originales, no publicados en las obras impresas de Azara?

Dicho se está que Azara, luego de haber reunido el nutrido conjunto de notas que forman el texto de sus *Viajes*, publicados por el señor general Mitre, fué dando formas distintas

y más ó menos equivalentes á esos apuntes, no sin dejar de prever que alguno se perdería ó no pudiera alcanzar mayor difusión y hasta, debemos creerlo, por el justificado temor de verse despojado de su obra.

Á este respecto, hay elementos de criterio que pueden demostrar que esas diferentes copias de un mismo original fueron sacadas en previsión de ciertas demostraciones del virrey Vertiz, resueltamente dirigidas á apropiarse de dichas memorias para enviarlas á la corte como propias, lo que inevitablemente le hubiera proporcionado el éxito furtivo que buscaba, y que, más de una vez, ha aparecido en la historia (?). Lo que se va á leer es todo un argumento que puede explicar la reproducción de los textos con pequeñas modificaciones. «Cependant M. d'Azara avait communiqué plusieurs de ses mémoires à quelques-uns de ses subalternes qui en tirèrent des copies; il en parut une partie dans un journal périodique, imprimé à Buenos Aires, et l'on eut bien soin d'omettre le nom de l'auteur. Le vice-roi réunissant tous les lambeaux, tant imprimés que manuscrits de l'ouvrage de M. d'Azara qu'il put se procurer, en composa une relation qu'il envoya à sa cour, comme étant de lui» (?).

Por otra parte, ya nos hemos permitido afirmar que el original de la *Geografía* ha sido redactado sobre la base de dos autógrafos, el de los *Viajes* y el de la *Descripción histórica, física, política y geográfica*, con la facultad bien libérrima, por cierto, de cambiar términos y alterar párrafos sin otro propósito que el de dar á la reconstrucción una apariencia llamativa; como la de esas fachadas que acusan las torturas de un estilo sometido al capricho del constructor con la obsesión del pegote, sin arte urdido y groseramente ejecutado.

No creemos que sea necesaria la yuxtaposición de los textos para probar que esa delicada industria transformadora ha sido librada al criterio del copista, aunque Azara después legalizara con su firma, puesta al pie del documento, la nueva reproducción, y, por fin, aun en el supuesto de que él mismo la hubiera ordenado, no por eso dejaría de ser objetable por la falta de originalidad. Azara, como se recordará, se expresa inuy

(?) Por lo que Walckenaer refiere en su noticia sobre don P. de Azara, se debe inferir que, tanto el gobernador como el virrey habianse conjurado para arrancar al geógrafo el considerable volumen de apuntes que contenía el germen de sus futuras obras; el biógrafo de los Azara, don B. S. Castellanos de Lozada, repite la especie. Véase en la «Biografía», tomo II, 236. Madrid, 1847.

(?) Ibid., I, XXXVI, Paris, 1809.

desfavorablemente sobre la importancia de una de esas descripciones, juicio que hemos transcritto en una de las páginas anteriores.

Aquello de «no saber á qué atribuir que un documento tan interesante haya quedado inédito durante tantos años»⁽¹⁾, tiene su lógica explicación, y los restantes párrafos que así, en forma fugaz, dejan como el eco de una protesta formulada con indecisión por la meritoria labor de Azara y la estulta gloria personal del editor, es una fórmula que no le sirve al señor Schuller de pretexto para cohonestar el objeto y fin real de su edición.

Como se habrá notado, todas esas cuestiones de metodología histórica — y desde luego la que se refiere á la publicación de manuscritos autógrafos ó auténticos — han sido experimentadas de una manera que deja mucho que desear, y aunque el caso exigiera poco aparato erudito, se sobrentiende que, además de las cuestiones que se relacionan con el texto bien establecido, las notas aclaratorias é ilustrativas debían agregarse con cierto tino ó precaución, así como también las glosas y comentarios históricos.

Si el caso no se presta, pues, para lo que se refiere á la ortografía, estilo y demás accidentes gráficos, las correcciones y las notas aclaratorias é ilustrativas, de que hemos hablado, tenían que ser copiosas; la diversidad de materias del códice y sus mismas imperfecciones, debieron exigir la más fundada y escrupulosa anotación.

En materia de correcciones, tenemos dos que bastan para ejemplo: *San Estanislado* (?) por San Estanislao; *pinchonaxos* (?) por pinchazos...!

Las notas aclaratorias é ilustrativas se concretan: á suplir las faltas del manuscrito que se publica con extensos párrafos extraídos del que publicó el señor general Mitre, que en la generalidad de los casos presta positivos servicios, ó, á ilustrar, transcribiendo sin previo examen *in verba magistri* — á pesar de las fulminaciones — los embrollos⁽²⁾ de P. de Angelis que, en materia de traducciones, viajes, noticias históricas, etc., han llegado á ser célebres.

(1) Ver prólogo de la *Geografía* etc., página LXIV.

(2) Viaje quinto, página 152.

(3) Descripción general, página 364.

(4) A propósito de biografías por P. de Angelis, puede citarse á la del ingeniero J. M. Cabrer, la cual, como es bien sabido, ha sido analizada por el señor Groussac con resultados inesperados.

Debemos hacer notar, también, que en esta materia de notas el señor Schuller ha descubierto una especie nueva. Él las llamará eruditas, pero más propiamente pueden clasificarse de optativas, pues, entre la maraña de citas, es de todo punto imposible conocer la conclusión á que se llega y, mucho menos, la opinión personal del editor. La nota que dedica á la dilucidación de: si «Apipé será voz guaraní?», tiene principio, pero no fin (1).

Tenemos que deplorar el desgraciado principio de la nueva sección histórico-filosófica del Museo de Montevideo, doblemente sensible por inaugurar con ella una vasta empresa bibliográfica y ser el Museo el instituto que prohija la obra desde que, en otras tendencias ó especialidades científicas, ha colaborado con éxito notorio.

V

Si en el examen del prólogo tuviéramos que seguir la pauta que el prologuista nos impone, ella tendría que ser accidentada y poco cordial, en desacuerdo absoluto con nuestro habitual procedimiento, que sólo persigue ó indaga la verdad dentro de límites prudentes, sin pretensiones ridículas ó deslumbradoras, desde que, en ésta como en muchas otras disciplinas científicas, lo más sensato y justo es iniciarse con seriedad y el necesario respeto por la opinión ajena.

He aquí uno de los giros del prólogo que vamos á analizar: «Como en la vieja Europa la celtomanía tenía sus fervorosos defensores, así entre nosotros aquí no faltaban investigadores—entre paréntesis, unos que gozan de cierto renombre—que defendían y siguen defendiendo el pan-guaranismo. El Tupi-guaraní, para ellos, es el americano *κατ' ἐξοχήν*. Sólo un tapón cuadrado para un agujero redondo sostiene semejante absurdo». Como es bien sabido, sostienen el pan-guaranismo los señores B. Mitre, F. Ameghino y E. S. Zeballos.

Hemos dispuesto de algunos momentos exclusivamente destinados al examen tranquilo de estas actitudes científico literarias—de un género que llamaremos belicoso,— y de los resultados que en irremediable lógica pueden ofrecer; estamos convencidos también de la sinceridad de sus autores, desde que cada cual lucha como puede, luce lo propio ó imita, y, aunque

(1) Viaje noveno, página 265.

unos vienen mejor dotados que otros, todos deben tener evidentemente el secreto receptáculo inundado de luz.

El espíritu crítico no se improvisa ni se presume por apariencias; se prepara sólida y paulatinamente; se ejercita y se dirige en un sentido dado para que, después de algún trabajo en la educación del criterio personal, pueda recién ensayarse y volver á ensayar. Luego vendrá la libertad de apreciación, y, entonces, el público estudioso puede asistir con agrado á oír la palabra segura y la argumentación ilustrada, que demuestra, que hace palpar que hasta los hechos no existen.

¿Qué eficiencia pueden tener esas lucubraciones sobre una rama de la ciencia que todavía se encuentra en su período constructivo? ¿Cómo puede creerse en esos enviados providenciales que todo lo preven y lo resuelven, cuando no deben desaparecer para evitar ulteriores é incómodas instancias?

No es posible proclamar — hoy á muy pocos se les ocurre — que un progreso científico dado se deba exclusivamente á lo que uno «estableció» ó «descubrió», sin la menor intervención de la larga lista de precursores, nó.

La verdad, desgraciadamente para ellos, no está allí; resulta más humana en la siguiente síntesis, desolante, como si estuviera en el vocablo de Larocheoucauld: «Por otra parte, bien sabemos que, sea cual fuere el norte perseguido, éste quedará siempre lejos de nuestro alcance. La región de lo absoluto nos es tan inaccesible como la del infinito sideral que nos oprime, ostentando á nuestra vista, como una ironía, el enigma del mundo escrito en geroglíficos de luz. A donde quiera que tendamos nuestro corto vuelo de murciélagos encerrados bajo una bóveda de cristal, nos estrellaremos contra un *ignorabimus* inexorable. Nuestra ciencia, ha dicho magníficamente Royer-Collard, sólo consiste en derivar nuestra ignorancia de su manantial más elevado. No se aplaste, pues, bajo un desdén poco justificado, cualquier resultado real, por ínfimo que sea; todo lo humano es precario ó falaz, y la red de vanidades en que se agita nuestro mísero destino no tiene otra malla tan resistente como el goce de comprender» (*).

Principia el prólogo con una serie de consideraciones destinadas á demostrar lo poco y malo que aquí en estas repúblicas se ha hecho en materia de investigaciones histórico-arqueológicas, y, en general, de ciencias naturales; de la falta de fomento y aliciente, y, por fin, de la misma falta de seriedad

(*) P. GROUSSAC: *Anales de la Biblioteca*, I, apd. II, 412.

de los pocos que á ellas se dedican, como de la evidente superficialidad que los coloca en desventajosa posición para poder ofrecer estudios de positivo interés científico.

Á renglón seguido, vuelve á tratar los méritos del códice, y á recomendar⁽¹⁾ lo que publica; á este efecto, no economiza dato ni suprime objeción, que tan luego puede ser, para lo anteriormente afirmado, desfavorable, como prueba irrefragable en su favor. Para seguir adelante, evitaremos algunas consideraciones que corresponderían á otras tantas frondosidades del prólogo, y, ante todo, porque queremos imponernos la concisión, y para lo cual tendremos que dejar á un lado las argucias dialécticas, el sin número de errores desinteresados y contradicciones inconscientes que ya repetidamente hemos podido encontrar en la parte de la obra examinada y que en el prólogo se repiten como es natural.

Pedimos permiso, antes de iniciar la consideración del capítulo etnografía, para una breve digresión cartográfica, ya que el señor Schuller no da mayor importancia á la materia, pues la trata así, al pasar, sin darle la importancia que en realidad tiene, cuando lo que debió primar fué la prolividad asidua para dejar patentizada su vasta y sólida preparación.

Fuera de que la materia cartografía, guarda muy estrecha relación con el asunto del códice, hay otras razones de gran peso histórico que imponen y que exigían ciertos escrúpulos, pues no es justificable que, por mera urgencia ó limitación de espacio, no se haga notar la fuente de donde se extrae el dato ú opinión, máxime cuando, como en el caso que en seguida haremos notar, el contacto persistente existe inconfundible entre dos textos, alimentando hasta la creencia de una burla grosera.

En efecto, entre el fondo y forma del breve párrafo que analizamos, y la forma y fondo del estudio que sobre cartas de la zona estudiada por Azara ofrece don Andrés Lamas, en su « introducción » á la conocida obra del padre Lozano, existe notable identidad, sin que se llame la atención del estudioso ó se indique que dichos datos se toman directamente de la

(1) Aquello de que « no creemos conveniente detenernos sobre una cuestión de naturaleza sumamente delicada y sólo haremos constar que todos aquellos que conocían la *Geografía* compuesta por Azara, la pudieron haber publicado anteriormente », es alibi que coloca al señor Schuller en mal terreno. Como lo de « no sabemos á qué atribuir que un documento tan interesante haya quedado inédito durante tantos años », es una inferencia viciosa que reagrava la cuestión. Ver prólogo página LXIV.

mencionada introducción. El caso es tan comprometedor que hasta las notas se han adherido al texto (*).

Por otra parte, lo que el prologuista se propone — de citar los principales mapas anteriores al de Azara — no lo consigue sino parcialmente, pues lo que reproduce es poco nuevo y que con la más superficial compulsión de la cartera de mapas del alegato brasileño en la cuestión Misiones, pudo haber evitado en parte.

Como el señor Schuller no se ocupa de la cuestión cartografía, especialmente ó con la amplitud que hubiera sido de desear por las afinidades de la materia con el motivo aparente de la publicación, nosotros no le daremos como consecuencia mayor importancia, concretándonos á referir muy someramente las omisiones más saltantes que á nuestro juicio ha cometido.

Así, entre las cartas no citadas por el señor Schuller, encontramos, en la mencionada carpeta de mapas, las siguientes:

« PARAGUARIÆ PROVINCIÆ SOC. JESU CUM ADJACENTIBUS NOVISSIMA DESCRIPTIO. *Post iteratas peregrinationes, & plures observationes Patrum Missionariorum eiusdem Societatis huius Provinciæ, cum & Peruanæ accuratissime delineata. Anno 1722.*

« ADMORUM R. IN CHRISTO PATRI SUO P. MICHAELI ANGELO TAMBURINO SOC. JESU PRÆP. GENERALI XIV. *Hanc Terrarum Filiorum Sourum sudore, et sanguine excultarum et rigalorum tabulam. D. D. D. Provinciæ Paraguarivæ Societatis Jesu. Anno 1726* ». Esta carta figura en el número 2 a de dicha carpeta. El « *Mapa de las Cortes* », que tanta importancia tiene por las cuestiones á las cuales estuvo estrechamente vinculado, y del cual el doctor E. S. Zeballos se expresa muy favorablemente, presentando en su alegato una reproducción del verdadero, pues, á estar á lo afirmado por este autor, es apócrifo el publicado por Borges de Castro, reproducido en la prueba brasilera (?). En la cartera de mapas, presentada por el barón de Río Branco, el « *Mapa de las Cortes* » lleva el número 7 a.

Con el número 11 a, figura un mapa que tampoco ha sido mencionado en la relación del señor Schuller, al que el barón de Río Branco atribuye una fecha próxima á 1760, mapa que lleva la siguiente inscripción: « MAPA DE LOS CONFINES DE LAS DOS CORONAS DE ESPAÑA Y PORTUGAL EN LA AMÉRICA MERIDIONAL, que

(*) P. PEDRO LOZANO: *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*; ilustrada con noticias del autor y con notas y suplementos por Andrés Lamás. I, LVI—LXI. Buenos Aires, 1873.

(?) *Alegato de la República Argentina*, página 130 y siguientes.

comprende desde Castillos Grandes hasta la boca del Río Jaurú conforme á la línea divisoria determinada en el tratado concluido entre sus Mjds. Ca y Pa el año 1751».

Con el número 13 a, se publica otro que lleva la siguiente inscripción: «PLANO DE LA CAPITANIA GENERAL DE LAS PROVINCIAS DEL RIO DE LA PLATA, PARAGUAY Y TUCUMÁN, del mando del Excmo. Señor Don Francisco Bucarelli y Vrsua etc. Echo por el Teniente de navio de la Rl. armada, Dn. Francisco Millán y Maraval. Año 1768».

Tampoco se menciona el siguiente mapa de Azara que en el citado alegato lleva el número 18 a: «CARTA ESFERICA ó REDUCIDA DE LAS PROVINCIAS DEL PARAGUAY Y MISIONES GUARANIS, CON EL DISTRITO DE CORRIENTES. Asunción del Paraguay, 30 de Agosto de 1787. Al Sr. Dn. Jph. Nicolás de Azara. Félix de Azara. Esta carta, de 1787, parece ser la que en su prólogo rechaza el autor por no estar bien situados los ríos Paraná y Uruguay, del Corpus para el norte. La que debió publicarse con el texto de la *Geografía* ha desaparecido.

Y, finalmente, para citar también algunas de las piezas cartográficas que el señor doctor Zeballos trae como prueba de su alegato, está la siguiente que figura entre las páginas 144 y 145, con la siguiente leyenda: «MAPA DOS CONFINS DO BRASIL COM AS TERRAS DA COROA DE ESPANHA NA AMÉRICA MERIDIONAL PELO AJUD ENGENHEIRO JOZÈ MONTEIRO DE CARVALHO» etc. Anno de 1752.

Entra el prologuista en materia con una glosa en la que denota, desde ya, cierta perturbación, y júzguese. Para plantear la primera premisa y objetarla, transcribe el siguiente párrafo del conocido estudio del doctor Zeballos (*). «Los amigos de la arqueología y de la etnografía argentina van sucesivamente arrastrados por un error de concepto sobre las razas que poblaban el Río de la Plata y las regiones subtropicales de esta América, á la llegada de la conquista. Inducidos por diferencias accidentales de costumbres, de lenguas y de productos de aquellas civilizaciones, se inclinan á multiplicar las razas de una manera ilimitada». El señor Schuller agrega: «No estamos de acuerdo del todo con el ilustre escritor argentino, pero tampoco podemos negarle del todo la razón», y continúa: «verdad es, se ha escrito mucho, se ha establecido hoy una

(*) E. S. ZEBALLOS: *Orígenes nacionales*, «Boletín del Instituto Geográfico Argentino», XIX, 261.

(*) Ver prólogo, página LXXXI.

teoría para deshacerla el día siguiente. De todos los trabajos que los etnógrafos nacionales han publicado en la última década, sólo se desprende que en la época colonial existían en estas regiones dos razas étnicas y lingüísticamente distintas, es decir: Guaraní y no-Guaraní. Pero, en la ciencia, muy poco se adelanta con tales vagas expresiones, y, sobre todo, en la tan obscura historia de los aborígenes americanos. Guaraní y no-Guaraní, significa tanto como negro y no-negro.»

Queda así planteada la primera objeción ó mejor dicho el rechazo de una fórmula no tan bien presentada como fundada en bien pensados argumentos, y cuya falta de precisión responde precisamente al móvil franco y prudente que la inspirara; objetable en otros casos, pero no en éste, por esa misma dificultad que el prologuista reconoce para alcanzar el completo dominio de la materia y que, de cualquier manera, á pesar de su imperfección, representa un progreso de estos estudios en el Río de la Plata, desde que iniciaba con esa proposición un debate honroso con el histórico pan-guaranismo. Ante todo, deben respetarse los propósitos.

Si es cierto, por otra parte, que la distinción general que d'Orbigny ofreció bajo la denominación de «Raza Pampeana», no puede hoy extenderse hasta comprender en ella á la numerosa familia Guaycurú; no es inadmisibles ni criticable la serie abundante de detalles que las observaciones del naturalista francés han ofrecido en los distintos capítulos de su interesante obra. Tampoco podrían presentarse los resultados ó conclusiones generales del *L'homme américain* como contradictorios, en sus partes fundamentales, á las conclusiones y resultados generales que del estudio y descripción de los mismos tipos étnicos ofrece en sus distintas obras Azara; y si de estos dos autores, que son los más reputados y dignos de fe, pasamos á las afirmaciones también generales de la crónica, veremos que Schmidel, Alvar Núñez, Luis Ramírez, Oviedo, etc., no se contradicen, y, podríamos decir, hasta coinciden en lo substancial, si los estudiamos con la imparcialidad y el detenimiento que un examen crítico implica. Si el señor Lafone Quevedo no ha cumplido estrictamente, para algunos, con este deber de historiador concienzudo de nuestros orígenes nacionales, no habrá sido por falta de buena voluntad, pues sus numerosos estudios étnicos-lingüísticos constituyen por sí mismos, el más elocuente testimonio de labor y de sinceridad.

Contra nuestra voluntad, tenemos que transcribir un nuevo párrafo del prólogo que encierra ó comprende la médula de

toda la exposición, indica la fuente de dónde el prologuista ha extraído sus ideas substanciales, la accidentada y por momentos débil argumentación, dejando en suma la impresión desconsoladora del futuro alegato ergotista, y por ende desenvuelto con prevención, al solo efecto de satisfacer su criterio exclusivista.

Así, pues, para el señor Schuller: «Los estudios de la etnología en el Río de la Plata nada han progresado en los últimos años. El actual estado de los conocimientos es peor que cuando escribían d'Orbigny y Martius. Con esto no pretendemos decir que nosotros cortaremos el nudo gordiano, sino que nos creemos en el deber de ofrecer á los americanistas nuestro contingente, por modesto que sea, y aunque en tan limitado espacio no sea posible extendernos como hubiéramos deseado. Este trabajo contiene los apuntes acopiados por nosotros, *in situ*, en las regiones que hemos recorrido durante cuatro años, y en parte, los datos extractados de los más exactos autores portugueses y españoles que escribían sus relatos ó fueron actores en los primeros años de la conquista, ó recogieron las narraciones de boca de aquellos que habían regresado á la vieja patria (1).» Como se habrá notado, en esta *profesión*, la contribución de la antropología física y la arqueología no se solicita, ó sea, se deja á un lado á la argumentación objetiva para declarar *suficiente* á la crónica de la primera época del descubrimiento con todas sus deficiencias.

En uno de nuestros trabajos (2), hemos dejado constancia de la protesta que es necesario formular contra ese modo de encarar el estudio de la prehistoria americana, contra ese exclusivismo perjudicial, monótono y contraproducente. Nosotros aceptamos el auxilio, la contribución de la ciencia y de la historia; no tenemos inconveniente de reconocer el error y sólo nos proponemos llegar á la verdad por el esfuerzo bien entendido y en lo posible de mejor en mejor dirigido.

No es admisible que esta cuestión de método, que tan decisivas consecuencias puede tener, sea tratada así en lo sucesivo con esa afectación propia de los que se creen incapaces de cometer un error; que, reconociendo la importancia y apreciando el peso de las razones que se dan, no se dignan transigir para facilitar la solución directa; y que convierten

(1) Ver prólogo, página LXXXI.

(2) J. M. TOURÉS: *La ciencia prehistórica*, «Estudios», V, 361 y siguientes, Buenos Aires, 1903.

á toda discusión sería en motivo de predominio personal, con mayor razón, en este caso, cuando, por la índole de la materia un tanto especial y llamativa por su ceño arcaico, resulta interesante pretexto para recoger cierto éxito ó notoriedad.

Felizmente acá, en la Argentina, predomina el método puramente descriptivo del material arqueológico, con el que se llegará á acumular un valioso conjunto de datos; ó, en cambio, el que ensaya las generalizaciones, apoyado en los relatos de los antiguos cronistas en primer término, relegando á segundo plano la demostración concreta. El primero es inductivo, el segundo resueltamente deductivo; este último puede conducir al error con más seguridad que á la exactitud; el inductivo, aunque un tanto tedioso—por la calidad del material arqueológico de esta parte de América—ofrece, como se comprende, mayores seguridades de precisión. En Montevideo predomina el último método, siendo de lamentar que el señor J. H. Figueira, el más autorizado de los americanistas orientales, no continúe estos estudios por estar entregado á los interesantes problemas de la pedagogía.

Creemos, si es necesario manifestarse por alguno, que el más lógico y que más corresponde á la índole puramente positiva de la observación de los hechos, es el que, partiendo del estudio de los restos que nos ofrezca una localidad determinada (óseos y de antigua industria), con las necesarias y pertinentes comparaciones, se complementara con los relatos de los cronistas antiguos y modernos, y especialmente con los de estos últimos, por comprender sus memorias observacionales más completas y fundadas: de carácter general, como son las que se refieren á los caracteres antropológicos y lingüísticos y las de carácter especial que describen á los usos, costumbres, modos de pensar, sentir y manifestarse. Desde luego, tienen un mayor precio para nosotros las ricas contribuciones que en el pasado siglo han visto la luz, obras completísimas en su mayoría, por comprender varios aspectos de la historia americana y que, en manera alguna, pueden equipararse para las soluciones que buscamos á la crónica de la primera época.

Por otra parte, no dejamos de reconocer también que la misma prueba de migraciones, de avances y retrocesos de una tribu sobre el territorio de otra ú otras, debe presentarse con argumentos muy positivos, como pueden ser los restos de industria en sus diversas y peculiares manifestaciones, sin de-

jar de tener en cuenta para esta dilucidación todo lo que una crítica sana de las relaciones históricas nos pueda ofrecer.

A este respecto, podríamos citar un buen número de hallazgos que diferentes exploradores han tenido la suerte de verificar en el mismo territorio de la República Argentina y que pueden invocarse como argumento seguro para la comprobación á que aludimos (1); pero nos parece más propio dejar sólo bosquejada esta opinión que, dicho sea de paso, no tiene mucha aceptación entre los que á estos estudios se dedican en el Río de la Plata.

De mayor importancia son, indudablemente, los resultados que la misión de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires ha obtenido de su primer viaje á la Pampa Grande (Provincia de Salta), pues, á atenernos á las palabras de su director, el señor profesor J. B. Ambrosetti, parece que en la región explorada se encuentran dos culturas perfectamente caracterizadas que un examen minucioso del material podrá dejar establecidas definitivamente. De cualquier manera, la coexistencia de la inhumación en urnas y la inhumación en la tierra, que en el caso presente ha quedado evidenciada, indica con bastante seguridad que dos agrupaciones indígenas han utilizado el mismo enterratorio. Á esa dilucidación, especialmente, estarán destinadas las páginas de la memoria que el señor Ambrosetti presentará á la Facultad de Filosofía y Letras (2).

Sufriría achaque predicador si pretendiera convencer al señor Schuller, entre otros, del peligro ó de la inutilidad de esas exclusivas lucubraciones croniqueras que precisamente han obstaculizado el progreso de estos estudios, de carácter más científico experimental que de mera argumentación documental. Un breve ejemplo demostrará la eficacia del método anunciado, ó, por lo menos, la superioridad de uno sobre el otro.

(1) El arqueólogo sueco, don Enrico Boman, ha demostrado concisa y suficientemente en varias de sus publicaciones, y principalmente en la que acaba de ver la luz en el «Journal de la Société des Américanistes de Paris» (tomo II, núm. 1, Abril 15 de 1905), la existencia de hechos demostrativos de desplazamientos de dos pueblos sud-americanos: Calchaquies y Guaraníes; lo que ha podido constatar, por el estudio detenido de los enterratorios indígenas que se encuentran en el Valle de Lerma y en una de las márgenes del Arroyo del Medio. Sobre este último, hizo anteriormente una publicación en «Historia», tomo I, páginas 42 y siguientes, Buenos Aires, 1903.

(2) Ver: Nota del profesor señor J. B. Ambrosetti, dando cuenta de la expedición á los Valles Calchaquies. En «Revista de la Universidad de Buenos Aires», tomo III, número 13, páginas 332—334, Buenos Aires, 1905.

Burmeister⁽¹⁾, primero, y Ambrosetti⁽²⁾, después, describieron una serie de alfarerías encontradas en las islas de Paycarabí (delta del Paraná), en condiciones de yacimiento, que denunciaban una antigüedad no muy remoto, y entre las cuales se encontraba una urna funeraria con los respectivos huesos humanos. Varios otros hallazgos completaron — no precisamente la colección porque la mayoría de las piezas se perdieron — sino el importante conjunto de datos anteriores, entre los cuales llamaron la atención los que constataban la presencia, en los paraderos del delta, de alfarería pintada, zoomorfa y antropomorfa. Dichos autores, guiados por las afirmaciones de la crónica, dijeron que era industria guaraní; porque, á estar á las afirmaciones de la crónica, los Guaraníes habían habitado la mayoría de dichas islas.

Bien; por la presencia de los vasos pintados, zoomorfos y antropomorfos, por el tipo mismo de esas urnas funerarias, y por una serie de detalles de su ornamentación, esa industria demuestra identidad con la que se obtiene de los enterratorios y paraderos de Santa Fe, norte de Entre Ríos, sur y oeste de Corrientes y Alto Paraná. Hoy, ha quedado demostrado que dicha industria es característica de un estilo perfectamente distinto al de la cerámica Guaraní, que, por la serie de detalles ya expresados, constituye indudablemente un estilo de calidades tan típicas que claramente indica que es la industria del litoral, y que, por las referencias históricas, correspondería á las manifestaciones artísticas de las agrupaciones tipo Chaná. El señor Ambrosetti no ha tenido inconveniente en reconocerla como tal.

«Trataremos sucesivamente de todas las tribus con que los primeros descubridores se encontraron en su marcha para conquistar el Plata», continúa el prologoista sin darse cuenta que ha rechazado la distinción hecha por el señor Lafone Quevedo, y que, como era lógico, merecía especial consideración; porque con decir que Guaraní y no-Guaraní es igual á negro y no negro, no deja la objeción fundada. No será la única vez que

(1) G. BURMEISTER: *Ueber Alterthümer am Rio Negro und Rio Paraná*. «Zeitschrift für Ethnologie», IV, páginas 196 y 197. Berlin, 1872. En el «Compte Rendu de la 6^e session du Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie préhistoriques de Bruxelles», 1872, se ha publicado también una breve noticia, páginas 347—350.

(2) J. B. AMBROSETTI: *Los Cementerios prehistóricos del Alto Paraná* (Misiones). «Boletín del Instituto Geográfico Argentino», XVI, páginas 250 y siguientes, Buenos Aires, 1895.

se desenvuelve así; á este respecto, el prólogo es más que deficiente.

Por satisfecha, momentáneamente, la crítica al pan-guaranismo inicia resueltamente el estudio del tipo Churrúa y congéneres, y como, para que no se dude de su exclusivismo, dice que para ser exacto, sobre el género de vida de los Churrúa, «no se pueden admitir las descripciones de d'Orbigny y Azara (como lo ha hecho Figueira) porque ellas nos dejaron donde estábamos, pues, describen al Churrúa como vivía doscientos años después de la conquista». Sin embargo, el señor Schuller no dejará de reconocer que, en esa época de Azara y Díaz, usaban todavía el harto célebre «quillapi».

Continúa y agrega: «no es esto lo que queremos ofrecer á nuestros lectores, sino aquel Churrúa que en el siglo XVI merodeaba por los territorios de la actual República». Analiza las versiones de Garcés (1), Pigafetta (2), Herrera (3) y los documentos sobre la «Descripción del Río de la Plata» que se publicaron en la «Revista del Instituto Paraguayo» (4), para probar que los Churrúas no fueron antropófagos, refutando de paso la opinión contraria que el señor J. H. Figueira sostiene (5), aunque omitiendo la cita del trabajo del señor Lafone Quevedo (6) que fué el primero que utilizó el documento de la mencionada Revista. Nos adherimos á lo sostenido por el señor Schuller, ó mejor dicho: Schuller y nosotros se adhieren á lo sostenido por los señores J. T. Medina y Lafone Quevedo.

Antes de pasar á la consideración del significado del nombre Churrúa, debemos observar el rechazo que el prologuista hace de las observaciones de d'Orbigny y Azara sobre la mencionada tribu y sus afines; más propio, más serio y provechoso hubiera sido, hacer notar los datos comunes de esas descripciones con las de los antiguos cronistas, como las diferencias ó modificaciones no solamente del tipo físico y estado social, sino también, de su ubicación y dispersión por el territorio. El señor Schuller se convencerá que unos y otros coinciden.

(1) E. MADERO: *Historia del Puerto de Buenos Aires*, Apd. 9, pág. 416.

(2) RAMUSIO: *Viaggi*, III, 853.

(3) A. DE HERRERA: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*. Década I, libro I, capítulo VII, páginas 11 y 12.

(4) Número 18, doc. VI, página 38.

(5) J. H. FIGUEIRA: *Los primitivos habitantes del Uruguay*, I, I, 17.

(6) S. A. LAFONE QUEVEDO: *Juan Díaz de Solís*. «Historia», I, página 56, Buenos Aires, 1902.

Pedimos permiso para continuar con una digresión; deseamos dejar formulada una pregunta:

¿Por qué el señor Schuller no ha leido con el cuidado y la escrupulosidad que requiere el estudio del señor Outes (¹), *Los Querandíes*? Si lo hubiera hecho, á pesar de citarlo, como es de regla entre los que estudian, consultan, citan y publican— no tendría que deplorar ahora algunas observaciones que necesariamente tendremos que hacerle, y que le demostrarán su culpabilidad sin atenuante, causa que le traerá como consecuencia la desvalorización de su ensayo, si es que no queda totalmente destituido de interés y novedad.

En la segunda parte del mencionado estudio—que, volvemos á repetirlo, el señor Schuller cita conjuntamente con los posteriores del mismo autor— que lleva el rubro de «Sociología», se analizan las diversas teorías sobre el origen de los «querandíes», empezando por la enunciada por el señor M. R. Trelles que le atribuía un origen araucano, y siguiendo con el análisis de las posteriores, agrega ó propone una nueva como resultante de algunas semejanzas que dichas tribus demostraban con las que habitaban el extenso territorio del Chaco, desde el río Salado al norte hasta los 19 grados.

Dicha nueva fórmula ó teoría es la que atribuye á esas distintas agrupaciones un origen «Guaycurú». Suficiente ó insuficientemente fundada, la proposición quedaba planteada, y, como era lógico, tendría que ser agregada á las anteriores para dejar constancia de su existencia, ya que no pudo abrirse camino en el primer momento, á pesar de la dilucidación de que fué objeto. Todo esto no puede haber pasado desapercibido para el señor Schuller; no puede admitirse otro supuesto que el de una omisión voluntaria, con el objeto único de que su prólogo—resumen de sus conocimientos especiales— pudiera ostentar el alto mérito de una memoria original, propia de una ilustración vasta y de un criterio superior. El prologuista, pues, debió ser más modesto: su misión quedaba cumplida adhiriéndose á las opiniones de los señores Lafone Quevedo y Outes.

Así expone, este último autor, su teoría: «Cuando comenzábamos el presente estudio, creíamos de buena fe que la teoría del señor Trelles era la que descorría el denso velo que cubría los orígenes de los pueblos Querandíes, y fué el distinguido filólogo y americanista Samuel Lafone Quevedo quien nos in-

(¹) F. F. OUTES: *Los Querandíes. Breve contribución al estudio de la etnografía argentina*. I, 2ª parte, 9—25. Buenos, Aires, 1897.

sinuó la idea de un probable origen Guaycurú para aquellos indios. Aceptada en un principio, no sin ciertos recelos, hemos tratado de buscar en el curso de nuestras investigaciones las bases necesarias para fundarla, y nos hemos convencido que la nación Querandí es una de las tantas ramas del frondoso árbol Guaycurú» (1).

Más adelante expresa su opinión sobre los caracteres físicos de los Querandí, que, según sus observaciones, se acercan mucho á los «Guaycurúes abipones de Santa Fe, más que á otras parcialidades de esta raza. Los usos y costumbres nos prueban la misma cosa» (2). En cuanto á los Charrúa, dice que: «su nombre es postizo y que junto con los Timbúes todas las probabilidades los hacen aparecer como pertenecientes al grupo Chaco Guaycurú» (3). Todo esto queda ratificado en las «Conclusiones» (4).

Después de publicado el trabajo que acabamos de analizar, y, como consecuencia de otras publicaciones apreciadas que asignaban á dichas tribus un origen guaraní (5), el señor Outes da á luz su *Segunda contribución al estudio de los indios Querandíes*, en la que, como es sabido, persiste en su anterior opinión en materia de origen (6), modificando sus conclusiones en meros detalles que no hacen al caso. Posteriormente (1899) publicó sus *Estudios etnográficos*, en los que afianza los diversos fundamentos aportados, y que, dicho sea de paso, no han sido impugnados con éxito, á pesar de estar basados en autores que pueden reputarse conocidos para la mayoría de los historiadores argentinos que han verificado estudios bastante completos del descubrimiento y conquista del Río de la Plata.

Como puede verse, Outes cita á Alvar Nuñez Cabeza de Vaca (7), Luis Ramírez (8), U. Schmidel (9), G. Oviedo (10), D.

(1) F. F. OUTES: *Ibid*, página 11.

(2) *Ibid*, página 18.

(3) *Ibid*, página 20.

(4) *Ibid*, página 135.

(5) E. S. ZEBALLOS: *Orígenes nacionales*. «Boletín del Instituto Geográfico Argentino», XIX, 261.

(6) Este trabajo también lo cita el señor Schuller.

(7) A. NUÑEZ CABEZA DE VACA: *Los Comentaríos*, capítulos XIX y XXVI.

(8) L. RAMÍREZ: *Carta de San Salvador*, 10 de Julio de 1528.

(9) U. SCHMIDEL: *Viaje al Río de la Plata*, 1534—1554. Las ediciones de Franck y de Bry, años 1567—97, capítulos VI y VII.

(10) G. F. DE OVIEDO Y VALDÉZ: *Historia general y natural de las Indias*, libro XXVII, capítulo III.

García (1), A. de Herrera (2), N. Joly (3), P. Lozano (4), N. Techo (5), M. Dobrizhoffer (6), y F. de Azara (7), con pequeñas variantes los mismos autores que invoca el señor Schuller, pero sin duda alguna aquél, más ecuánime que éste, pues da carta de naturaleza y admite las observaciones de muchos otros que el segundo rechaza, porque no son autores de la primera época. Debemos hacer notar que el señor Lafone Quevedo cambió posteriormente de opinión sobre el particular (8).

No insistiremos sobre este punto; el *lapsus* ha quedado patentizado; los comentarios huelgan de la escueta demostración que acabamos de hacer, y, si después de tan fatigosa compulsión, todavía el señor Schuller se cree habilitado para decir que la verdad le pertenece — dándole valor al manuscrito que publica y presentando por suya la opinión ajena — desde ya declinaremos los honores del triunfo en la posible discusión que será perfectamente inútil por sus resultados, é impropia de hombres serios que aspiran, no á la fama bulanguera y necia, sino á la que constituye el complemento ó recompensa de una actuación modesta y laboriosa.

Continuaremos con el hilo interrumpido de este examen que, por momentos, se convierte en pesado y fatigoso; motivado, como se comprende, por ese entretegido dislate inevitablemente improcedente y para mayor desgracia repetido y vuelto á repetir, como esos motivos musicales que se hacen «clásicos» por su monotonía.

Dicho se está que el nombre Charrúa es postizo, así también lo conceptúa el señor Schuller, agregando que es Guaraní. A renglón seguido, ofrece la significación que dió Angelis (9) «somos turbulentos y revoltosos» ó sea: «*cha* = nosotros, *rua* = enojadizos». Después de rechazarla sin más consideración, formulo la suya así: «*Chand* — *aharú* = qué gente mutilada!» y continuando agrega: «acaso diga el nombre charrúa

(1) D. GARCÍA: *Diario de su viaje al Rio de la Plata*, 1526.

(2) A. DE HERRERA: *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*. Década V, libro IX, capítulo X.

(3) N. JOLY: *Historia del Gran Chaco*, I.

(4) P. LOZANO: *Descripción chorográfica*, etc., página 59. *Historia de la conquista*, etc., I, páginas 408 y siguientes.

(5) N. DEL TECO: *Historia, provincia Paraguaria*, libro III.

(6) M. DOBRIZHOFFER: *De Abiponibus*.

(7) F. DE AZARA: *Viaje á la América del Sur*. Montevideo, 1850.

(8) S. A. LAFONE QUEVEDO: *Progresos de la Etnología*, etc. «Boletín del Instituto Geográfico Argentino», XX, página 12. Buenos Aires, 1890.

(9) P. DE ANGELIS: *Colección de obras y documentos*, etc., I, XVIII.

los *manchados, pintados, mutilados*, y, bajo este concepto, en la ciencia, no tiene más valor que Guaycurú, Conameguá, Begüá ó Mbeguá; ó indios *sarnosos, llenos de cicatrices, manchados, mutilados*, pues:

<i>Harú</i>	= dañoso.
<i>Aharú</i>	= dañarle, lastimarle.
<i>Ilú</i>	= cortar, tronchar.
<i>Me</i>	= recíproco = <i>in se ipsum</i> .
<i>Mbo</i>	= mano.
<i>Quatía</i>	= pintura.
<i>Quai</i>	= herir, cortar.

Aquí tenemos el misterio de los nombres *Guaycurú, Curumeaguá, Chaná, Mbeguá, Chaná Timbú, Charrúa, Conameguá, Mbohaná, Mbocoretú* (*).

Tratándose de las landas vacilantes de la etimología y de una demostración incompleta, no nos permitiremos la franca adhesión á la fórmula que ofrece el señor Schuller, que hubiéramos deseado prestarle de buena gana, porque exclusivamente merecen nuestra conformidad las significaciones que nos da de Charrúa y Guaycurú, que, si no son exactas, tienen muchas apariencias de certidumbre.

Siendo ambas denominaciones guaraní, aplicadas por estos indios para distinguir á esas dos tribus de una misma familia ó grupo étnico que habitó la cuenca del Río de la Plata, que, por los testimonios que tenemos de su aspecto físico, usos y costumbres, es lógico suponer que hubiera entre ellas estrechas vinculaciones ó un común origen; que, después de despejadas también esas dos incógnitas Charrúa-Guaycurú por el lado de la demostración lingüística, es admisible, como consecuencia, el resultado general obtenido, que atribuye á esas numerosas tribus, que habitaron los territorios de la actual República Oriental del Uruguay, provincias argentinas de Entre Ríos, Santa Fe, norte de Buenos Aires, Corrientes y oeste y noroeste de Misiones, un origen chaqueno.

Para probar que Charrúa y Guaycurú eran denominaciones empleadas por los Carios ó Guaraní, denominaciones que aquéllos no conocían, ofrece un documento ya conocido, el del repartimiento de los indios de Buenos Aires, hecho por don Juan de Garay (**), en el que se mencionan una serie de nom-

(*) Ver prólogo, página LXXXIV.

(**) P. DE ANGELIS: *Ibid.*, III.

bres terminados en *pén*, como *Diciumpén*, *Tugalbampén*, etc., con el correspondiente sobrenombre guaraní. Así: «El cacique *Diciumpén*, que por otro nombre se dice *Orucutaquae*», etc. Bien; esos nombres de caciques terminados en *pén* se parecen á voces de lenguas Machicuy, Lengua-Guaná del Chaco paraguay, lo que hace suponer al señor Lafone Quevedo, informado sobre este asunto por el malogrado explorador Boggiani, que los Mbeguá y algunas otras tribus afines pueden pertenecer á la rama Machicuy ó Émimagá (⁴). Estas opiniones coadyuvan como se comprende á lo que se propone el señor Schuller, y sería muy agradable que el P. Cabrera que, según tenemos entendido, piensa decir algo sobre esas terminaciones, afianzara la tesis de Boggiani y Schuller.

Otro de los elementos que trae á colación para probar que esos *manchados* ó *mutilados* no eran guaraní, es el de la nomenclatura indígena de la comarca que aquellos habitaron, nombres que para el señor Schuller muy poco ó nada tienen de guaraní, citando á «Guale-guay y Guale-guay-chú», todos ellos de evidente procedencia guaycurú para el prologuista, en abierta contradicción con lo que sostiene el señor B. T. Martínez (⁵) que les asigna origen guaraní. La demostración del señor Schuller es más violenta que convincente y de todo punto arbitraria por tratarse de etimologías.

Con mayor brevedad aún, y, como para no dejar sino un recuerdo vago, se ocupa de los Ahoma y de refutar al señor Lafone Quevedo á propósito de dos identificaciones que este autor hace: la de los Chaná-Salvajes de Schmidel con los Barrigudos de Oviedo, y la de los mismos Chaná-Salvajes con los Charrúa. Estos enredos ó escaramuzas parciales, que tienen un móvil ajeno á esta discusión, deben llevarse á un terreno más eficaz, pues, si se quiere obtener satisfactorios resultados, debe hacerse alrededor de esos asuntos ó con ese motivo verdadera demostración, desde que esas afirmaciones así al pasar no tienen más eficiencia que la de los dimes y diretes que se lanzan en sociedad femenil.

Hasta esta altura del prólogo, el método de exposición, si no se recomienda, por lo menos no merece crítica, pero, en adelante, empieza Cristo á padecer. Vuelve á los nombres termi-

(⁴) S. A. LAFONE QUEVEDO: *La raza Pampeana y la raza Guaraní*. «Trabajos de la cuarta Sección del Congreso Científico Latino-Americano», página 46. Buenos Aires, 1901.

(⁵) B. T. MARTÍNEZ: *Etnografía del Río de la Plata*. «Revista Nacional», XXXI, entrega 2ª, Buenos Aires, 1901.

nados en *pén!*... Para abreviar, no es dudosa la extirpe de «Appupén» y de «Apipén» (1).

Previas algunas consideraciones sobre el idioma de los Charrúa, se inicia francamente en la refutación de la teoría sostenida por los señores Lafone Quevedo y Martínez sobre el origen patagónico de los Charrúa y congéneres, transcribiendo al efecto el siguiente párrafo del diario de López de Souza (2) que tiene mucho interés. Dice este autor: «La gente de esta tierra son unos hombres muy nervudos y grandes; de semblantes son muy faos, tienen el pelo largo, unos se horadan las narices, y en los agujeros traen metidos pedazos de cobre muy reluciente; todos ellos andan cubiertos con pieles; duermen en el campo donde le sorprende la noche; no llevan otra cosa consigo sino cueros y redes para cazar.... no comen otra cosa sino carne y pescado; son muy tristes; están siempre llorando. Cuando se les muere algún pariente, se cortan los dedos — por cada pariente una articulación; y ví muchos hombres viejos que no tenían sino el dedo pulgar».

Asimilando, pues, los Begoaa á los Charrúa sin más trámite, y sin contestar los argumentos del señor Lafone Quevedo, continúa en la refutación de los que por su parte ofrece el señor B. T. Martínez, el más decidido de los que sostienen el origen patagónico de los Charrúa y congéneres. Funda su teoría el señor Martínez (3) con la demostración que «Hualiche», espíritu maléfico de los Charrúa y Minuanes, corresponde al «Hualichu» de los Patagones, como *samioc* = perro y *yapuip* = agua, que en voz Puelche legítima tienen idéntico significado. Agrega también este autor que los Charrúa no eran canoeros ni usaban el tembetá, y que sus toldos eran diferentes á los que usaban los Guaycurú. Para nosotros, el señor Schuller ha contestado suficientemente todas estas objeciones, ofreciendo al final un resumen en el que precisa con claridad los argumentos por él invocados.

Esos caracteres diferenciales de los Charrúa y congéneres han sido obtenidos exclusivamente de la citada obra del viajero portugués, y son los siguientes:

1º «Los Charrúa ó Begoos del año 1530 eran indios acuáti-

(1) Ver prólogo, páginas XCI—XCII.

(2) P. LÓPEZ DE SOUZA: *Diário da Navegação* (de 1530 á 1532). «Revista do Instituto Historico Geographico e Ethnographico do Brazil», XXIV, página 45, 1861.

(3) B. T. MARTÍNEZ: *Etnografía del Rio de la Plata*. «Boletín del Instituto Geográfico Argentino», XIX, 344—359.

cos y no terrestres como lo fueron los Pampas; eran ictiófa-
gos como sus afines del norte, los Payagua y Agaces; y eran
excelentes nadadores y canoeros.

2° Los Charrúa ó Begoos usaban el temboté, se agujerea-
ban las narices y las orejas; eran entonces timbú y orejones.
No así los Pampas.

3° Los Charrúa no hablan ni entendían el Guarani.

4° Eran «tragadores de leguas», como todos los chaque-
ños; corrían el venado á pie como lo solían hacer los Que-
randí, que, fuera de toda duda, constituían una raza inter-
mediaria entre Chaqueños y Pampas.

5° No comían otra cosa sino carne y pescado; eran nóma-
des; construían sus ranchos con cuatro esteras, sin cubrirlos.

6° Tenían la misma costumbre de expresar su duelo como
sus afines, los timbú (Tambures), ó sea Chaná-Timbú, que
no consta la hayan practicado los Pampas.

7° Se vestían con cueros de los animales como lo hacían
los Guaycurú y Pampas; la condición esa nada importa *en
pro ni en contra* de nuestra aserción, pues depende exclusiva-
mente del medio ambiente en que estos indios vivían» (1).

En cuanto á los elementos lingüísticos, aportados por el se-
ñor Martínez como prueba de lo que afirma, ya se ha dicho
que son tres. En cambio de ellos, el señor Schuller propone
uno: la palabra *Quillapí* que, según él, es palabra charrúa (2)
y significa *taparrabo*. Tenemos que decir algo á propósito de
esta pieza del vestido de los indios que estudiamos, y que para
el prologuista tendrá un interés especial, pues representa todo
un argumento que corrobora la afinidad lingüística entre los
Charrúa, Abipones y Payaguá. El señor Schuller ofrece su de-
mostración apoyado en varios textos de las memorias de Lo-
zano (3), Díaz (4), y Azara (5).

Haremos notar aquí uno de los accidentes más graves del
método y la obscuridad de algunos conceptos, defectos que di-
ficultan el examen precisamente por esa misma repetición de
ideas y de palabras que, si no tienen el mismo significado, se
anulan recíprocamente. Más de una vez nos hemos encontrado
con párrafos como el siguiente: «Se nos ha dicho que los Cha-

(1) Ver prólogo, página XCVI.

(2) Ver prólogo, página XCVII.

(3) P. LOZANO: *Descripción Chorográfica*, etc., VIII, 55 y XV, 89.

(4) A. DÍAZ: *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata*, II,
capítulo II, 74.

(5) F. DE AZARA: *Geografía física y esférica*, etc., página 359.

rrúa y sus congéneres no eran Guaycurú, porque no fueron canoeros como los Guaraní» (1).

Bien; en vez de continuar con el argumento «en pro de su teoría», plantea entre otras cosas, después de rechazar la clasificación del señor Lafone Quevedo de los no-Guaraní, su sistema de clasificación de los Guaycurú (grupo del sur).

Para no vernos envueltos en los excesos de ese túpido almácigo — que semillará sin que lo trasplanten — seguiremos con el examen de la denominación «quiyapí», «quillapí», «quellapí», y nosotros agregaremos «toropí».

El señor Schuller continúa así: «Aquí tenéis la razón (para que dicha palabra pueda explicar el parentesco lingüístico entre Guaycurú y Charrúa): esa palabra «quillapí» subsistía en el tiempo de Lozano entre los Abipones del Chaco, y tenía entonces el mismo significado, pues, el «queyapí» con que las mujeres Abiponas se tapaban, eran cueros de venado ó de nutria curiosamente cosidos entre sí. La voz «queyapí» era empleada por los Payaguá para designar una corta camiseta que se echaban al hombro antes de entrar en la ciudad (Asunción). Abipones y Payaguá son tribus de la gran familia Guaycurú: sobre esto el mundo entero de los americanistas está de acuerdo. «Queyapí» es, pues, una voz de idiomas afines del Chaco» (2).

Tres páginas más adelante (3), vuelve á tomar el hilo de su interrumpido análisis y dice: «Etimologar la palabra, con rigurosa exactitud, es algo difícil. Pero imaginándonos el limitado horizonte del modo de pensar y apreciar las cosas de un Charrúa, podemos admitir sin caer en desatino, que *quillapí* era para él el cuero que servía para tapar una parte (miembro ♂ ó miembro ♀) del cuerpo.»

Quilla = miembro ♂ ó ♀ — *pi* = cuero.

A pesar de la habilidad demostrada por el señor Schuller para presentar su argumento, ha tenido la desgracia de perderse con él; de las ponderadas y peligrosas etimologías no ha quedado más resultado real que la evidencia de su arbitrariedad.

«Quillapí» es palabra guaraní que significa *cuero de nutria*:

Quilla = nutria — *pi* = cuero (4).

(1) Ver prólogo, página XCIV.

(2) Ver prólogo, página CVII.

(3) Ver prólogo, página CX.

(4) RUIZ DE MONTROYA: *Arte, Vocabulario y Tesoro Guaraní*. Edición de 1876.

Por otra parte, como ya lo hemos anunciado, no era esa la única denominación que recibía el «trapillo sucio» entre los Charrúa y Mínuanes. Diego de Alvear, en su «Diario» etc.,⁽¹⁾ refiere que: «andan totalmente desnudos, sin más abrigo que un taparrabo y un cuero sobre los hombros que llaman *toropy*».

En esta réplica, no se busca otra cosa que destruir un argumento del prologoísta que tiene en tan poco la modesta labor de los etnólogos del Río de la Plata; y, si es cierto, que la forma adoptada en este examen puede no convenir á esta clase de investigaciones, no deja de ser menos exacto que la concisión y la precisión en los términos, el orden en la exposición y cierta aspereza en el tono se imponían en la crítica de un trabajo que falla en sus fundamentos y que se presenta, hasta en los más mínimos detalles, intolerable, sin ejemplo por la serie de aseveraciones arbitrarias, ajenas ó sofisticas. Para ofrecer una muestra de esa prosa, transcribiremos uno de sus párrafos predilectos: «El *Gran Chaco Guambamba* parece haber sido una especie de campo de *Senaur* en este continente. Ahí, indiscutiblemente, yace la cuna de muchísimas naciones que, como acabamos de decir — ó desalojadas de sus primitivos *pagos*, ó empujados por una corriente migratoria — emprendieron su *exodus*, en busca de un nuevo *rivière* para sus correrías....»⁽²⁾.

Ya que el señor Schuller ha dado tanta importancia á este asunto del vestido entre las tribus de un presunto origen chaqueño — por tratarse de un objeto de uso común entre ellas, pues esa especie de poncho ó camisión de cuero fué la principal sino la única pieza de abrigo que se les conoció — hubiera sido de rigor el estudio detenido y completo de la cuestión, desde que había distinciones que hacer con respecto á la materia, formas, calidades, adornos y nombres de esas prendas del uso personal.

Cuando el propósito, que anima al investigador, es desinteresado, los argumentos contrarios á la tesis propuesta también deben hacerse constar; se analizan y se discuten en todo sentido para poder ofrecer la más exacta fórmula de conclusiones, ó sea, la ratificación de las proposiciones anteriormente establecidas.

(1) D. DE ALVEAR: *Diario de la segunda Partida demarcadora de límites en la América Meridional*. «Anales de la Biblioteca», II, 314, Buenos Aires, 1902.

(2) Ver prólogo, página CXV.

No pueden sorprender al prologuista estas observaciones, él como nosotros, ó tal vez mejor que nosotros, sabe que en las descripciones modernas — de las tribus del Chaco y de las que habitaron y habitan los extensos territorios que forman las cuencas de los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay — como las de von den Steinen, Koch, Hassler, Brinton, Boggiani, Colini, Huonder y Martius, se reasumen todos los datos de su historia antigua y moderna, con los detalles más salientes de los cambios ó modificaciones que en sus usos y costumbres se verificaron por la intervención de la cultura europea.

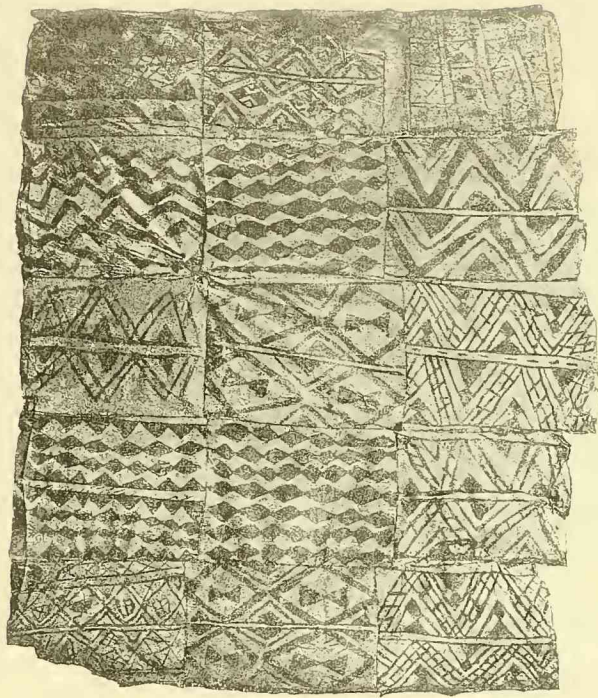
Sin extremar la demostración erudita, pudo también dejar satisfecha en parte esa necesidad de ser imparcial, exacto y completo, en su primer ensayo, con la simple cita y comentario de Koch ó de Boggiani, que, para la ilustración de ese punto, pueden reputarse suficientes. De mayor utilidad hubiera sido que el prologuista, aspirando á dejar estudiado el tema ó agotada la materia en sus distintas partes — relacionando los usos de la familia Guaycurú con los de las familias Puelche y Tehuelche — hiciese notar las identidades ó las diferencias que, en el medio físico, la idiosincrasia personal y los hábitos de aquellos agregados primitivos, pudo encontrar para poder explicar así sus necesidades más perentorias y los medios de que se valieron los indígenas para satisfacerlas.

Para terminar con este asunto del «quillapí», ofrecemos en la lámina II una reproducción del fotograbado que ilustra el interesante trabajo del barón Nordenskiöld (*).

Con todo, no podrá decir el señor Schuller que nos hemos excedido hasta el presente en este breve examen; él tiene que reconocer que el comentario no corresponde á la extensión y á la importancia del prólogo, lo que hace que muchas de sus observaciones no hayan sido tomadas en cuenta. Precisamente es lo que nos hemos propuesto: dirigirnos á lo substancial.

Guaycurú es para el señor Schuller — después de analizar las memorias de una serie de autores ya citados — un *nomen collectivum* aplicado indistintamente á las tribus feroces del Chaco y preferentemente á las que vivían desde el Pilcomayo hasta las tierras de los Guaná. Para afianzar su aserto, cita á Fray Morillo.

(*) ERLAND NORDENSKIÖLD: *Präcolumbische Wohn- und Begräbnisplätze an der Süd-Westgrenze vom Chaco*, en «Kongl Svenska Vetenskaps-Akademiens Handlingar», tomo XXXVI, núm. 7, pág. 18, fig. 13. Stockholm, 1902.



«Quillapi»
de los indios Matacos que habitan la cuenca del río Bermejo (Chaco argentino)

Dice Fr. Morillo en el citado párrafo de su «Diario» (1): «*á la parte del Sur caminando de poniente á naciente se enuentra Matacos, Chunupíes, Sinipés, Malbalés, Corroas, Atalalás, Pasaynes, Tobas, Mocobíes; á la parte del Norte, Mataguayos, Orejones, Chiriguanos, Pelichocos, Pitaleas (Pitalagá) que en lengua de indios se ha corrompido en Pitalabás (Zapitalagas?) Cocolotes, Inimacás, Muchicois, y Sotenahús, Tocoytefs, que así se llaman á los que llamamos Tobas, Cayafáes, que, á todos los de estas naciones llamamos los españoles guaycurús, no porque haya nación de Guaycurús sino porque esta voz guaycurú significa inhumanidad ó fiereza*».

Concluye esta parte haciendo notar la exactitud y la concordancia de las distintas distribuciones étnicas que constan en las cartas de los P. P. de la Compañía — lo que en realidad es así — y analizando los nombres ó apodos que las tribus chaqueñas tuvieron, ó sea: Frentones, Guaycurú, Lenguas y Orejones, resuelve optar como denominación general, para esas numerosas tribus, por la denominación Guaycurú, que, como ya se ha expresado, equivale á indios *sarnosos, pintados*. Sobre este punto, ya hemos manifestado nuestra conformidad con el resultado que obtiene el prologoista, el que no está en absoluta contradicción tampoco con el que el señor Lafone Quevedo ha obtenido. Para este autor, guaycurú es voz guaraní que significa: *Guay* = pintado, ó, *ai* = bellaco (2).

Seguiremos analizando la división y clasificación que el prologoista ofrece de la gran familia Guaycurú, después de observar á las que, con anterioridad á la suya, han aparecido y entre las cuales ha merecido especial refutación la del señor Lafone Quevedo, á quien tocará sostener ó modificar su clasificación de la rama Guaycurú, sub-raza Pampeana (3).

Transcribimos á continuación la clasificación del señor Schuller.

(1) FRAY F. MORILLO: «Colección de Documentos», etc., de P. de Angelis, VI, (60). Buenos Aires, 1837.

(2) S. A. LAFONE QUEVEDO: *Ibid.*, 340.

(3) Por los últimos trabajos del señor Lafone Quevedo y ante todo de sus conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras, se puede decir que se mantiene aún en sus ideas de 1899; sostiene resueltamente su «Rama Guaycurú de la sub-raza Pampeana».

FAMILIA GUAYCURÚ

I

Grupo del Sur

Charrúa
(Yaeros)
Minuanes
Güenoa
Mbeguá (Chaná Mbeguá)
(Chaná)
Timbú (Chaná Timbú)
Mbohané
(Yorós)
Mbocoretá
(Martídanés)
Caracarús (no-chaná-salvajes)
Gulgaisés (Quiloazas)
Corondá
Mepenes (Abipones?)
Curúmeguá (Conaneguá Cinamecís)
Ingatús

II

Grupo del Norte

INDIOS PINTADOS VEL MANCHADOS

Frentones	}	Tobas
		Pilagá
		Mbocovi
		Abipón
Guaycurú (Orejones)	}	Lengua (Oáskakalot)
		Enimagá
		Guentusé
		Payaguá (Agaces)
Mascov..	}	Mbuyá
		Machiery de Aguirre, Azara, Demersey y Boggiani
		Guaná-Lengua ó Geskoinlalaák de Boggiani y Koch
		Angaité
		Sanapaná
	}	Toótle
		Sapuquí
		Sújen

Grupo de Mataguayos del Chaco

Matacos
Vejoces
Noctenes

GUARANI

Tupi del Brasil
Guarani (Cuniguá) del Paraguay
Chiriguanos de Bolivia

NU-ARUÁG

Guaná (Chané)
Terenos
Quiniquinío
Layanás

TAPÚYA

Guayaná
Caingangues
Guayaqui
Tapé

**Raza intermediaria entre los Chaqueños
y Pampas**

Milcay-ac
Allenti-ac
Sanavironas
Comechingones (Rruma-chingana)

La denominación general de Manchados, para asignarla á las diferentes tribus de la familia guaycurú que la clasificación comprende, nos parece poco exacta. No sólo habría que hacer notar á las que no usaron semejante ornamentación, sino que el tatuaje y la pintura son dos cosas muy distintas que al autor tocó tratar con la suficiencia que lo caracteriza, aunque con la concisión que, por ejemplo, Boggiani (*) dió á la materia.

Ahora bien: admitida la denominación Guaycurú para llamar á la gran familia étnica que habitó una gran extensión territorial de la cuenca del Río de la Plata, desde que no hay ventaja ni sería serio discutir para adoptar otra, y, cuando por otra parte, esa denominación genérica está justificada después de laboriosas investigaciones que ofrecen una serie de caracteres étnicos comunes á esos numerosos agregados, y en ciertos casos estrecha vinculación lingüística, pasaremos á analizar la clasificación propuesta con la atención que merece, aunque en definitiva no llegue á provocarnos objeciones fun-

(*) G. BOGGIANI: *Tatuaggio ó Pittura*. «Estrato degli atti del IIº Congresso Geografico Italiano». Roma, 1895.

damentales, por la sencilla razón que en sus grandes lineamientos y en sus detalles está de acuerdo con los estudios y conclusiones de los autores que han tratado ó estudiado la etnografía del Chaco, que, como podrá verse en el prólogo que examinamos, han sido consultados y seguidos con bastante fidelidad.

En cuanto al «Grupo del Norte», tenemos primero á los Frentones que comprenden: Tobas, Pifagás, Mbocoví y Abipón, de acuerdo con Lafone Quevedo (1) y Boggiani (2); á los Guaycurú (Orejones): Lengua (Oaékakalót), Enimagá, Guentusé, Payaguá (Agaces) y Mbayá. Aquí tenemos que observar la inclusión de los Lengua (de Azara y Aguirre), Enimaga y Guentusé que, según Boggiani (2) siguiendo á Azara, Aguirre y Demersay, son tribus aún desconocidas, pues ha quedado evidenciado que no han demostrado parentesco lingüístico ni con los Lenguas (Machicuy), ni con las tribus del grupo Mbocoví-Abipón al cual Payaguá y Mbayá pertenecen (3).

El grupo Mascoy está reconstruido de acuerdo con los estudios y conclusiones de Boggiani, y principalmente con los resultados de sus últimas investigaciones comprendidas, como es sabido, en su conciso y comprensivo estudio de la *Etnografía paraguaya moderna* (4).

El «Grupo del Sur» nos sugiere dos objeciones; una de las cuales merece especial dilucidación, pues del minucioso estudio verificado por nosotros de su industria y demás peculiaridades de su organización social, como de su mismo idioma, hace que no aceptemos su identificación con los Charrúa, Mbayá, etc.; nos referimos á los Chaná.

Antes de continuar con este asunto, debemos manifestar que la identificación Mbocoretá-Charrúa-Mepenes no se presenta con la claridad que sería de desear.

Bien; no se tratará aquí de hacer distingos especiosos que sólo pueden apreciarse por el que los formula, por el prurito de presentar dificultades ó de descubrir diferencias que en rea-

(1) S. A. LAFONE QUEVEDO: *Arte de la lengua Toba*, etc. «Revista del Museo de La Plata», V, 12 y siguientes.

(2) G. BOGGIANI: *Compendio de Etnografía paraguaya moderna*, páginas 13 y siguientes.

(3) G. BOGGIANI: *Ibid*, páginas 30 y 35.

(4) G. BOGGIANI: *Guaycurú*, páginas 18 y siguientes. E. PEÑA: *Ms del Capitán Aguirre*. «Boletín del Instituto Geográfico Argentino», XIX, y en las posteriores obras del primero.

(5) Páginas 30 y siguientes.

lidad no existen ó que, si verdaderamente aparecen, son de una importancia relativa.

Conocida es la publicación del señor Lafone Quevedo ⁽¹⁾, en la que ofrece fragmentos del interesante manuscrito del P. Larrañaga sobre los indios Chaná y su lengua; vocabulario y demás datos que permiten afirmar á este autor que el parentesco lingüístico no puede existir entre éste y los idiomas del tipo Chaco Guaycurú. Á esas diferencias se puede unir también la de una constitución social notablemente distinta, con caracteres de fijeza no comunes en las restantes tribus de la comarca; posiblemente, con el clan familiar perfectamente constituido y con los atributos propios de semejante organización, pues no pueden tener otro valor que el de individualizaciones de un totemismo esas curiosas representaciones zoomorfas, que, en buen número, han llegado á encontrarse en los «paraderos» y «enterratorios» de la cuenca del Paraná, caracterizando notablemente la industria y el estilo á que pertenecen.

En efecto: desde el Alto Paraná y Uruguay (yacimientos de Colonia Militar é Itacaruaré respectivamente), Goya (Corrientes), Victoria (Entre Ríos), Coronda, Carcarañá, San Pedro, Baradero y Campana (Santa Fe y Buenos Aires), Carabelas y Paycarabí (Delta del Paraná) hasta la isla del Vizcaino y en Soriano (República Oriental del Uruguay), existen los jalones que marcan la dispersión de esos clanes, no bien caracterizados hasta hoy por la falta absoluta de datos positivos que, como los de sus restos óseos y de su industria alfarera, podrían ya arrojar mucha luz sobre diversos aspectos de sus caracteres físicos y psíquicos.

Esa arqueología, como decíamos, se distingue notablemente de la que se encuentra en el resto de la comarca, no sólo por su técnica mecánica como por su ornamentación; es tan superior á la Guaraní y á la que se atribuye á Charrúa y congéneres que aún, sin la presencia de los vasos zoomorfos y antropomorfos, se podría determinar con la mayor seguridad. Una serie de detalles, que acusan el evidente aire de familia entre los motivos ornamentales y otros que no hace al caso mencionar y que se refieren á la disposición y condiciones de sus enterratorios, abonarían suficientemente esta argumentación ⁽²⁾.

(1) S. A. LAFONE QUEVEDO: *Los Indios Chanases y su lengua, etc.*, «Boletín del Instituto Geográfico Argentino», XVIII, Buenos Aires 1897.

(2) Tenemos en preparación un estudio sobre la arqueología del Delta

Como en este momento sólo deseamos presentar las diferencias más notables que resultan de un examen superficial, y, para que pueda apreciarse la seriedad de nuestra observación, ofrecemos (lámina III) una de esas piezas típicas por su factura y ornamentación como por su valor representativo (?). Esta pieza, que es una de las más hermosas con que cuenta la colección arqueológica del profesor Ambrosetti, será en oportunidad objeto de preferente atención, precisamente por las necesarias comparaciones que provocará.

Para abreviar este examen, diremos ya que el resto de la clasificación presentada por el prologuista no exige detenida consideración — pues los grupos Mataguayos, Guaraní, Nuaruac y Tapuya resultan idénticos á los que con anterioridad nos han propuesto Lafone Quevedo y Boggiani en los distintos trabajos que hemos venido citando — que la inclusión de los Querandí entre los Milcayac, Allentiac, Sanavirones y Comechingones no es admisible. En el estudio ya citado del señor Outes, se encuentran los fundamentos principales que podríamos invocar para fundar nuestra divergencia (?).

Sin esa prevención mal inspirada — desde que no nos anima otro deseo que el de contribuir á un progreso que decididamente nos interesa — nos hemos concretado, como el autor habrá podido notar, á aceptar sus conclusiones generales unificadoras y, simplemente, á negarle, por insuficiente demostración, las asimilaciones ó identificaciones que quedan apuntadas. Para este estudio, no fué necesario gustar una suma de erudición, compulsas y transcripciones como en otra parte del libro que acaba de examinarse, pues, las publicaciones de S. A. Lafone Quevedo (?), Boggiani (?), Colini (?), Koch (?), Brin-

del Paraná, que saldrá á luz tan pronto como podamos obtener el conjunto de datos que necesitamos para ofrecer resultados positivos. En este trabajo avanzaremos suficientemente lo que acabamos de afirmar.

(?) Procede del departamento Victoria (Entre Ríos) y ha sido donada al señor Ambrosetti por el doctor J. M. Gamas.

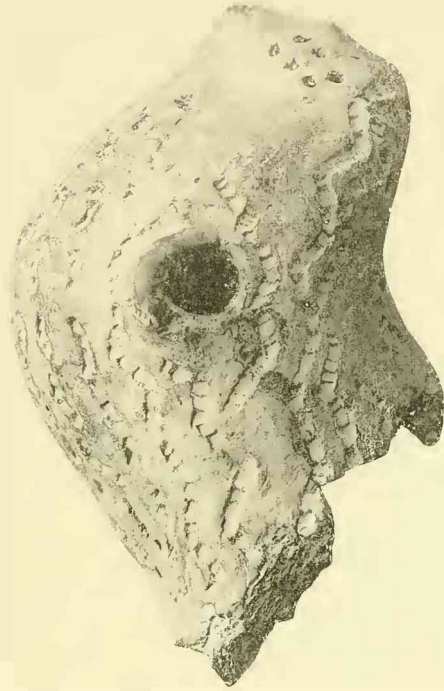
(?) F. F. OUTES: *Los Querandíes* I, II; *Estudios Etnográficos* I, II, III.

(?) S. A. LAFONE QUEVEDO: *Ibid.*

(?) G. BOGGIANI: *Ibid.*

(?) G. A. COLINI: *Notizie storiche ed etnografiche sopra e Guaicurú e gli Mbayá*. Apéndice de I. Caduvei.

(?) T. KOCH: *Die Linguas-Indianer in Paraguay*, «Globe» 78, números 14 y 15. — *Die Guaicurú-Stämme*, «Globe» 81, números 1, 3, 5, 7. — *Die Maskoi-Gruppe im Gran Chaco*, in *Mitthe der Anthropologischen Gesellschaft*, XXXII, páginas 130—148, Wien 1902. — *Die Guaicurú-Gruppe*, in *Mitthe der Anthropologischen Gesellschaft*, XXXIII, Wien, 1903.



Cerámica zoomorfa
de la cuenca del río Paraná (curso medio é inferior)
(% tamaño natural)

ton (1), von den Steinen (2), Peña (3), etc., comprenden todo el elemento bibliográfico moderno de la etnografía del Chaco, al propio tiempo que el ilustrado juicio crítico de las numerosas relaciones de cronistas y viajeros.

De mucho mayor precio y utilidad que esa accidentada demostración con la que el señor Schuller se inicia en los estudios de etnografía americana, hubiera sido un ensayo de distribución étnica del territorio que constituyó el virreinato del Río de la Plata, basado en la fuente histórica que en sus grandes lineamientos y detalles conocerá indudablemente; ensayo que diera la resultante final, la solución aproximativa del interesante asunto que la arqueología y la historia se proponen cada cual con sus métodos y peculiares elementos informativos, para que, después de un paciente y escrupuloso procedimiento heurístico, la crónica no tuviera nada que decir, ó, por lo menos, que sus substanciales afirmaciones surgieran de una vez, ya que para algunos tienen el mérito — casi exclusivo diremos — de bosquejar con seguridad la solución final que proseguimos en nuestras indagaciones.

Y como el prologoista encontró, en sus estudios de la mencionada fuente histórica, notables caracteres diferenciales, afirmaciones de los autores de la primera época que han pasado completamente desapercibidas, y, á su vez, declaraciones de cronistas modernos que confirman ó infirman declaraciones anteriores, muy poco le costó, pues, satisfacer esa aspiración, hoy por lo general común entre los que proceden en sus estudios con sinceridad científica, esa sinceridad que nos recuerda el doctor Lenz en una juiciosa y bien intencionada apreciación de su último libro: *Los elementos indios del castellano de Chile* (4).

Ha llegado el momento de que formulemos nuestras observaciones finales, ya que una serie de afirmaciones aisladas del prologoista pueden considerarse fundamentales — por tratarse de métodos y de dominios científicos no bien definidos — lo que, por otra parte, ratifican sus ideas ya refutadas; y, como

(1) D. BRINTON: *The American race. A linguistic classification and ethnographic description of the native tribes of North and South America.* New-York 1891.—*The linguistic Cartography of the Chaco Region.* Philadelphia, 1898.

(2) K. V. D. STEINEN: *Die Schamatoko-Indianer*, «Globus» 67, 1895.

(3) E. PEÑA: *Etnografía del Chaco.* «Boletín del Instituto Geográfico Argentino», tomo XIX, páginas 465—510. Buenos Aires, 1898.

(4) Página 31.

se hace necesario siempre fundar toda crítica sana, que como en este caso se dirige sin traicionar el pensamiento, presentaremos en consecuencia los grandes lineamientos de nuestro método que, como es lógico, obedece á las aspiraciones de un criterio amplio, abierto á las distintas tendencias de la ciencia prehistórica.

No dejamos de reconocer — como otra vez lo hemos hecho — que la obra de los antiguos cronistas, muchos de los cuales estuvieron en contacto mismo con los indigenas, ofrece especiales atractivos, aunque las noticias sean generales y confusas y los resultados que arrojen después del necesario análisis crítico, algo ó muy distantes de la certidumbre, lo que nos obliga á recurrir á la fuente documental inédita, lejana y de difícil acceso por su onerosidad.

Los viajeros de los siglos XVIII y XIX, que alcanzaron á observar *in situ* á los últimos restos de la población indígena de América, ya presentan en sus «memorias» ó «diarios» los elementos que verdaderamente nos permiten la aspirada reconstrucción, y, por eso, la obra de d'Orbigny, Castelnau, Azara, etc., tendrá que ser necesariamente respetada, aunque algunas de sus premisas sean erróneas ó sus conclusiones generales susceptibles de corrección. De cualquier manera, tenían á su favor una preparación científica muy superior y elementos de otro orden que les permitían hacer descripciones que bien pueden llamarse de etnografía propiamente dicha.

Luego, vendrían á completar la obra los von den Steinen, von Martius, Spix, etc., no á deshacer lo hecho, por lo mismo que la apreciaban en su justo valor y desde que siempre fué un criterio justo y previsor — cuando se estudia una obra antigua — el de retrotraerla á la época en que se produjo, para interpretarla fielmente y para poder otorgar en consecuencia al autor la parte de originalidad que estrictamente le corresponde.

Desde luego, conceptuamos necesario, para satisfacer ampliamente los propósitos de nuestra investigación, un estudio desde el punto de vista físico, para obtener de esos caracteres generales de las razas los detalles más salientes de los diferentes tipos que hayan habitado permanentemente un territorio determinado.

Clasificar y dividir los distintos tipos étnicos es indudablemente una cuestión grave, pero como la etnografía general puede dar esos caracteres más salientes, y, sobre todo, el aire propio de familia, la tarea, como puede comprenderse, se simplifica cuando la indagación se dirige á lo substancial.

Una vez en posesión de esas nociones preliminares, cuando se pueda ya entrever las grandes líneas y el objeto especial de dicho estudio, puede abordarse entonces el de la anatomía para conocer los detalles de la constitución física del cuerpo, y hasta del mismo cráneo y cerebro, pues una de las diferencias ó categorías humanas está basada en el grado de desarrollo intelectual.

La conformación del cráneo y de la cara, por otra parte, está en estrecha relación con la del encéfalo, y es precisamente sobre esta parte del cuerpo humano á la que se dirigen los principales esfuerzos de los antropólogos, siendo, ó constituyendo más propiamente el motivo de una especialidad muy interesante por sus instrumentos y por sus métodos: la craneología.

Estos estudios de la anatomía deben completarse con los de la fisiología que tanta luz arrojan sobre las distintas operaciones de la vida: alimentación, reproducción, energía muscular, sensibilidad, etc.

La lingüística, en su propio y especial campo de acción, puede colaborar eficazmente en esa tarea reconstructora, ofreciendo ciertos caracteres particulares á cada raza y, ante todo, explicando, después del detenido estudio en las diferentes categorías étnicas, que el lenguaje se forma, desarrolla y transforma siguiendo un proceso lógico, paulatino y continuado; fundado en un sistema dado de sonidos y significados que sirven al que habla como de catálogo del contenido del mundo en que vive, y que, en posesión formal de la facultad de hacer palabras nuevas y originales, la pone en práctica siempre para adquirir una expresión más fácil, completa y exacta de sus pensamientos.

La lingüística, con los métodos de investigación y los caracteres propios de una ciencia natural, no puede quedar convertida en el recurso sofisticado de la etimología, que no es ciencia ni arte; y todas aquellas otras investigaciones que demuestran los complicados recursos de la gramática, como las distinciones de las partes de la oración para mostrar las relaciones existentes entre los varios pensamientos que entran en la composición de una frase, no pueden tener acá aplicación general, por no haber existido esos elementos en estos lenguajes primitivos de América.

Con todas estas precauciones, puede entrar, pues, el lingüista, á la demostración de la estructura y de la fonética de la lengua que se proponga estudiar; y, para llegar á señalar

el parentesco entre dos lenguas, tendrá que abandonar el procedimiento, ya en desuso, de la comparación de media docena de vocablos análogos para concretarse al verdadero examen de los términos que pretende asimilar. Por lo que se vé, la labor no es tan amena como muchos se lo figuran, doblemente deplorable para los mismos, desde que «el arte es largo y la vida corta».

No insistiremos en materia del estudio de los estilos industriales, artísticos, etc., que tan sugerentes datos nos procuran de la cultura intelectual de una asociación determinada. A este respecto, hemos hecho en nuestra anterior publicación, *La ciencia prehistórica*, un ensayo de exposición general de la arqueología americana, tal como á nuestro juicio debe interpretarse sus métodos y precisa esfera de acción.

Continuando con el método comparativo, examinaremos también los caracteres generales de la constitución social del estado de esas sociedades primitivas ya que, en sus principios, los detalles de su organización no han podido determinarse completamente, contribuyendo así al estudio de los diferentes sistemas sociales que distinguidos sabios han concebido y que después los contemporáneos, siguiendo á Mac Lenan, Lewis Morgan y Bachöfen, han discutido con gran provecho para la ciencia.

Bien; por lo mismo que esas formas distintas de que nos hablan no han existido en todas partes, ni que haya habido entre ellas un orden de sucesión definido, es de un alto interés y será posible el estudio, en cada una de esas agrupaciones, de las distintas formas denominadas familia, clan, tribu; el matrimonio en sus distintos aspectos, la consanguinidad y afinidad; la relación entre la familia y el clan, en caso que hayan coexistido y su influencia en el desarrollo de la vida social primitiva; el matriarcado y el patriarcado y la misma teoría de la horda promiscua; el totemismo y el tatuaje con sus presuntas relaciones; la convade y el levirado como manifestaciones realmente propias de los agregados sociales inferiores: elementos que nos permitirán reconstruir y asociar hasta darnos una conclusión definitiva.

Luego, todo aquello que aun por simplísimas nociones se refiere al mundo espiritual, debe ser un complemento necesario de nuestras indagaciones. Quien comprende la significación que tiene la creencia de los salvajes y bárbaros en los seres espirituales, debe sospechar el estado de cultura y la categoría de sus ideas abstractas, la precisa explicación del mundo en que viven y lo que son ellos mismos.

La noción de los espíritus sirve, por otros caminos, para explicar lo adventicio, todas las cosas que han sucedido y que grabadas en el alma de la tribu se conservan, transforman ó se pierden por el transcurso sólo de los siglos. No son menos sorprendentes las ideas respecto al mundo, al firmamento, al mar, á las montañas y á las selvas.

En este orden de ideas y con respecto á estas comarcas de América, hay que dejar patentizada la mezcla, la confusión que se nota entre los mitos de las creaciones ideales aborígenes con las ideas y personificaciones del catolicismo, lo que nos explicará el alto interés de estas dilucidaciones desde que en la leyenda, por una parte y por otra, en las tradiciones de la tierra nativa está el mito como esencial representación del pensamiento primitivo.

Debiendo terminar este trabajo, expresando un voto de gratitud, va él dirigido al señor general Bartolomé Mitre, quien, con su fina amabilidad, nos ha proporcionado los elementos substanciales de este ensayo: libros y documentos que sólo en su biblioteca y archivo se pueden encontrar, siempre abiertos para todos los que deseen consultarlos.

Por la índole de nuestros estudios predilectos, nos ha tocado, como á muchos otros, la feliz ocasión de pasar por esa rica biblioteca y admirar, en consecuencia, la obra del bibliófilo; y también en muchos casos que se hacía necesaria la consulta de un texto manuscrito original ó la aclaración de una duda, hemos recibido de sus trémulas manos el códice ó el libro que, hace treinta años, leyera ó anotara con la mayor atención, y que hoy vuelve á abrir para demostrar á los que pretenden recorrer como él la senda interrumpida y serpentina de los antecesores nacionales, que la ilustración debe ser sólida, segura, y su exterioridad suave y modesta para dejar la persuasión. El más humilde de los que han pasado por esas silenciosas salas de estudio, le rinde el más cumplido homenaje.
